

La Revista



Blanca.

PUBLICACION QUINCENAL DE
SOCIOLOGIA, CIENCIA Y ARTE

SUMARIO

Concepto de la revolución, P. Kropotkin. — Miguel Bakounine y Carlos Marx. — El castillo maldito (continuación), Federico Urales. — La ética y la revolución social, Z. R. Walezenski. — Masa augural, Armand Vasseur. — Tolstoy. — Los anarquistas cristianos. — Los anarquistas idealistas. — No luce para todos el sol del comunismo libertario?, K. Armand. — Crónica científica, Tarrida del Marmol. — Neomalthusianismo, Pereira de Carvalho. — Bibliografía, Nelly D'Arny.

ADMINISTRACION

1, CRISTOBAL BORDIU, 1

MADRID

LA REVISTA BLANCA

SOCIOLOGIA, CIENCIA Y ARTE

Año VI-T.º VI-N.º 127

Administración: Cristóbal Bordiu, 1, Madrid

1.º de Octubre de 1903

CONCEPTO DE LA REVOLUCIÓN

Sin entrar aquí en el análisis de los diversos movimientos revolucionarios, bastará decir que nosotros comprendemos la futura revolución social no como una dictadura jacobina, no como una transformación de las instituciones sociales, llevada á cabo por una convención, un parlamento ó un dictador. Jamás se ha hecho de esa manera una revolución, y si el levantamiento obrero actual tomase ese giro, estaría condenado á perecer sin haber dado un resultado duradero.

Nosotros comprendemos, por el contrario, la revolución como un movimiento popular que toma amplio vuelo, y durante el cual, en cada ciudad y en cada aldea de la región invadida por el movimiento insurreccional, las mismas masas populares se ponen á la obra para reconstruir la sociedad. El pueblo—los campesinos y los trabajadores de las ciudades—*deberá empesar por sí mismo el trabajo constructivo, edificador, sobre principios comunistas más ó menos amplios, sin esperar órdenes y disposiciones de arriba.* Deberá, desde luego, arreglárselas para alimentar y albergar á todo el mundo, y después producir precisamente lo que sea necesario para alimentar, albergar y vestir á todo el mundo.

En cuanto al gobierno,—que está constituido por la fuerza ó por la elección: que sea «la dictadura del proletariado», como se decía por los años 40 en Francia, y como se dice todavía en Alemania, ó bien que sea un «gobierno provisional» elegido, ó una «convención»—no ponemos en tal gobierno ninguna esperanza. Por adelantado decimos que no podrá hacer nada.

No porque tal es nuestro gusto personal, sino porque ahí está toda la historia para decirnos que jamás los hombres lanzados á un gobierno por la ola revolucionaria, han estado á la altura de su posición. Porque, en la tarea de reconstitución de una sociedad sobre nuevos principios, hombres aislados—por inteligentes y abnegados que sean—, están seguros de fracasar. Necesítase para esto el espíritu colectivo de las masas. Hombres aislados pueden encontrar á veces la expresión legal, la fórmula, para una destrucción de las antiguas formas societarias, cuando esa destrucción está ya en camino de realizarse. A lo más pueden ensanchar un poco la obra destructiva y extender sobre todo un territorio lo que solamente se hace en una parte del país. Pero, imponer la destrucción por una ley, es absolutamente imposible, como lo ha probado, entre otras, la insurrección de la Vendée.

En cuanto á las *nuevas* formas de la vida que comenzarán á germinar á raíz de una revolución sobre las ruinas de las formas precedentes, ningún gobierno podrá encontrar nunca su expresión, mientras tales formas no se determinen por sí mismas en la obra de reconstrucción de las masas, haciéndose sobre mil puntos á la vez. ¿Quién había adivi-

nado, quién hubiera podido adivinar, en efecto, antes de 1789, el papel que desempeñarían las municipalidades y la Comuna de París en los acontecimientos revolucionarios de 1789-1793? No se descifra el porvenir. Todo lo que se puede es adivinar vagamente sus tendencias esenciales y desembarazarle el camino.



Es evidente que comprendiendo de esta manera el problema de la revolución social, la Anarquía no puede dejarse seducir por un programa que sienta como fin la conquista de los poderes en el Estado actual.

Sabemos que tal conquista no es posible por la vía pacífica. La burguesía no cederá su poder sin luchar. No se dejará desposeer sin resistir. Pero a medida que los socialistas se conviertan en un partido de gobierno y compartan el poder con la burguesía, su socialismo deberá necesariamente entibiarse: esto es lo que hace ya muy rápidamente. Sin ello, la burguesía, que es mucho más poderosa, numérica é intelectualmente, de lo que se dice en la prensa socialista, no les reconocerá el derecho de compartir su poder.

De otra parte, sabemos también que si una insurrección consiguiera dar á Francia, ó á Inglaterra, ó á Alemania un gobierno provisional socialista, éste, sin la actividad constructora, espontánea del pueblo, sería absolutamente impotente y no tardaría en convertirse en un obstáculo, en un freno á la Revolución.



Estudiando los períodos preparatorios de las revoluciones, llegamos á la conclusión de que ninguna revolución ha nacido en el ataque ó en la resistencia de un parlamento ó de cualquiera otra asamblea representativa. *Todas las revoluciones han comenzado en el pueblo.* Y nunca ha aparecido ninguna revolución armada de pies á cabeza, como Minerva al salir del cerebro de Júpiter. Todas han tenido, además de su período de incubación, su período de evolución, durante el cual las masas populares, después de haber formulado exigencias muy modestas al principio, se penetraban poco á poco, y hasta con bastante lentitud, de un espíritu cada vez más revolucionario: se hacían más audaces, más osadas, ganaban *confianza*, y saliendo de su sopor de la desesperación, ampliaban poco á poco su programa. Sus «humildes memoriales» del principio se convertían poco á poco en exigencias verdaderamente revolucionarias.

En efecto, le costó á Francia cuatro años, de 1789 á 1793, nada más que el crear una minoría republicana.

En cuanto al período de incubación, hé aquí cómo le comprendemos: Al principio, individuos sueltos, profundamente disgustados por lo que veían á su alrededor, se rebelaban aisladamente. Muchos de ellos perecían «inútilmente», á creer á los teóricos con zapatillas; pero la indiferencia de la sociedad era sacudida por esos centinelas perdidos.

Los más satisfechos y de menos alcances se veían obligados á preguntarse: «¿Por qué causa dan sus vidas esos jóvenes, honrados, llenos de fuerza?» No era ya posible permanecer indiferente; era preciso pronunciarse en pro ó en contra. El pensamiento trabajaba.

Poco á poco, reducidos grupos de hombres se penetraban también del mismo espíritu de rebelión, se sublevaban también, ya con la esperanza de un éxito parcial,—el de ganar, por ejemplo, una huelga; ó bien para desembarazarse de algún funcionario detestado. ó bien, en fin, para obtener pan para sus hijos;—pero muy á menudo también sin ningun-

na esperanza de éxito: sublevados, sencillamente, porque se había hecho imposible aguantar más tiempo. No una, dos ó diez revueltas semejantes, sino cientos de insurrecciones precedían á la revolución, y *deben* preceder á toda revolución. Sin estas insurrecciones, jamás se ha producido ninguna revolución. Sin esas amenazas, jamás se ha hecho ninguna concesión seria al pueblo por las clases directoras. Sin esos tumultos, jamás ha podido desembarazarse el pensamiento social de sus prejuicios inveterados, ni enardecerse bastante para *esperar*.

Se cita algunas veces la abolición *pacífica* de la servidumbre en Rusia; pero se olvida, ó se ignora que toda una larga serie de insurrecciones de campesinos ha precedido y aportado aquella emancipación. Comenzaron en los años 50,—tal vez como un eco de 1848,—y de año en año se propagaban cada vez más en Rusia, al mismo tiempo de hacerse cada vez más serias y tomando un carácter de acritud hasta entonces desconocido. Esto duró hasta 1857, cuando Alejandro II dirigió al fin su carta á la nobleza de las provincias lituanias, que contenía una promesa de liberación de los siervos. La frase de Herzen: Vale más dar «la libertad desde arriba, que esperar á que venga de abajo», — frase repetida por Alejandro II ante los esclavistas de Moscou, no era, pues, una amenaza vacía; respondía á la realidad.

Lo mismo ha sucedido, en mayor grado, en las proximidades de cada *revolución*. Y se puede decir también, como regla general, que el carácter de cada revolución se determina por el carácter y el fin de las insurrecciones que la preceden.

Por consiguiente, esperar que la revolución *social* venga como un regalo de Navidad, sin que sea precedida de toda una larga serie de actos de rebelión de la conciencia individual, y de cientos de insurrecciones que determinen el espíritu de la revolución futura—, acariciar esa esperanza es, por lo menos, absurdo, infantil. Pero tratar de persuadir á los trabajadores de que van á obtener todos los beneficios de una revolución social limitándose á la agitación electoral, y derramar toda la hiel sobre los actos de rebelión individual y sobre los hechos de insurrección parcial—, cuando se producen en naciones históricamente más revolucionarias que lo son los alemanes—, es ser uno mismo un obstáculo al espíritu revolucionario, y á todo progreso—, obstáculo tan funesto como lo ha sido en todo tiempo la Iglesia cristiana.



Sin entrar en más amplios desarrollos de los principios de la Anarquía y del programa de acción anarquista, lo que acaba de decirse bastará probablemente para indicar el puesto que ocupa la Anarquía en medio de los conocimientos actuales de la humanidad.

La Anarquía representa una tentativa de aplicar las generalizaciones, obtener por el método inductivo-deductivo de las ciencias naturales, en la apreciación de las instituciones humanas, así como divinas, sobre la base de estas apreciaciones la marcha de la humanidad hacia la libertad, la igualdad y la fraternidad, á fin de obtener la mayor suma posible de felicidad para cada una de las unidades en las sociedades humanas.

La Anarquía es el resultado inevitable del movimiento intelectual en las ciencias naturales que comenzó á fines del siglo XVIII, fué contenido por la reacción triunfante en Europa después de la caída de la Revolución francesa, y empezó de nuevo en la completa florecencia de sus fuerzas, desde fines del año 50. Las raíces de la Anarquía están en la filosofía naturalista del siglo XVIII. Pero no pudo recibir sus fundamentos completos sino después del renacimiento de las ciencias, que se produjo hace unos cuarenta

años y que dió nueva vida al estudio de las instituciones y de las sociedades humanas sobre una base naturalista.

Las llamadas «leyes científicas», con las que se contentaban los metafísicos germanos de los años 1820 y 1830, no encuentran puesto en la concepción anarquista. Ésta no reconoce otro método de investigación que el método científico. Y aplica este método á todas las ciencias generalmente conocidas bajo el nombre de ciencias humanitarias.

Aprovechándose de este método, así como de todas las investigaciones últimamente hechas, bajo el impulso de aquél, la Anarquía se esfuerza en reconstruir el conjunto de las ciencias concernientes al hombre y en revisar las nociones corrientes sobre el derecho, la justicia, etc., apoyándose en los principios que han servido ya para la revisión de las ciencias naturales. El objetivo de la Anarquía es una concepción científica del universo, comprendiendo toda la Naturaleza, incluso el hombre.

Esta concepción determina la posición tomada por la Anarquía en la vida práctica. En la lucha entre el individuo y el Estado, la Anarquía, continuando la obra de sus predecesores del siglo XVIII, se ha puesto del lado del individuo contra el Estado; de la sociedad contra la autoridad que, en virtud de las condiciones históricas, la domina. Aprovechándose de los documentos históricos acumulados por la ciencia moderna, la Anarquía ha demostrado que la autoridad del Estado, cuya opresión aumenta en nuestros días cada vez más, no es, en realidad, sino una superestructura perjudicial é inútil, que para nosotros, los europeos, no data más que de los siglos XV y XVI: superestructura realizada en interés del capitalismo, y que fué ya, en la antigüedad, la causa de la caída de Roma y Grecia, cuando perdieron sus libertades políticas, así como de todos los otros centros de civilización engrandecidos en Oriente y en Egipto.

La autoridad que se ha constituido en el curso de la historia para unificar en un interés común al señor, al juez, al soldado y al sacerdote, y que en toda la corriente de la historia fué un obstáculo á las tentativas del hombre para crearse una vida siquiera fuese un poco garantizada y libre, esa autoridad no puede convertirse en un arma de emancipación, como tampoco el cesarismo (el imperialismo) ó la Iglesia pueden convertirse en instrumentos de la revolución social.

En economía política, la Anarquía ha llegado á la conclusión de que el mal actual no estriba en que el capitalista se apropie el «plus valore», ó el beneficio neto, sino en el hecho mismo de que ese beneficio neto ó mayor valor sea posible. No existe, en efecto, sino porque mill'ones de hombres no tienen literalmente con qué alimentarse, á menos de vender sus fuerzas y sus inteligencias á un precio que haga posibles el beneficio neto ó el *plus valore*. Por esto pensamos que en Economía política conviene, ante todo, estudiar el «capítulo del consumo», y que en Revolución, el primer deber de ésta será rehacer el consumo de suerte que el albergue, el alimento y el vestido estén garantizados á todos. En cuanto á la «producción», deberá organizarse de manera que las primeras necesidades de toda sociedad estén cuanto antes satisfechas. Por esto la Anarquía no puede ver en la próxima revolución una simple sustitución de «cheques de trabajo» que vengán á reemplazar á la moneda de oro, ni una sustitución de los capitalistas actuales por el Estado capitalista. Ve en ella un primer paso hacia el *Comunismo libertario*, sin el Estado.

¿Tiene razón la Anarquía en sus conclusiones? — Esto es lo que nos demostrará, de una parte, la crítica científica de sus fundamentos, y, de otra parte, la vida práctica. Pero hay un punto en el cual la Anarquía está, sin ninguna duda, absolutamente en lo cierto. Es que ella considera el estudio de las instituciones societarias como un capítulo de las ciencias naturales; que se ha despedido para siempre de la metafísica; y que ha

omado por método de razonamiento el método que ha servido para sustituir toda la ciencia moderna y la filosofía materialista de nuestra época. Esto hace que los errores en que puedan caer en sus estudios los anarquistas, serán con tanta mayor facilidad reconocidos. Pero comprobar sus conclusiones, no es posible más que por el método científico, irreductible, deductivo, con el cual se construye toda ciencia y se desarrolla toda concepción científica del universo.

P. Xropotkine.

Miguel Bakounine y Carlos Marx.

En 1895, Miguel Dragomanow escribía que era lamentable que la vida y la acción de Bakounine hubiesen sido hasta entonces tan poco vulgarizadas, aun después de haber transcurrido veinte años de su muerte y habiendo contado en el curso de su brillante carrera con numerosos amigos y partidarios en casi todos los países de Europa. Esta falta, nos satisface decirlo, está á punto de ser subsanada. Hace varios años que el Dr. Max Nettlau, trabaja para dotar la historia revolucionaria de nuestro siglo con una biografía definitiva de Bakounine, no conocida hasta hoy (por lo menos del gran público) más que por las noticias incompletas y generalmente hostiles de los diccionarios biográficos y, sobre todo, por la rabia de sus adversarios, por las innumerables calumnias con que se le agobió durante su vida y que aún persiguen su memoria. En estos últimos tiempos se ha publicado parte de su correspondencia, y M. Nettlau ha editado algunos de sus trabajos teóricos ó de polémica.

Si Bakounine ha tenido muchos enemigos que usaron para combatirle armas frecuentemente pérfidas y desleales, tuvo también en todos los países un número considerable de amigos y de admiradores, algunos de los cuales viven todavía, y lucharon con él bajo su inspiración directa, por la ingenuidad política y social de la humanidad. Estos verán gustosos que un anarquista erudito y afecto, que circunstancias excepcionalmente favorables le han puesto en ocasión de recoger los documentos más esparcidos sobre la vida y la obra del gran revolucionario ruso, se ha propuesto la empresa de llevar á cabo este trabajo y de hacerlo de una manera completa, digna á la vez del hombre al que se trataba de retrasar la carrera atormentada y del fin grandioso al cual consagró su vida.

No hay que olvidar que fué el verdadero fundador del movimiento anarquista de Europa, y que todos los que hoy se alaban de ideas y de teorías libertarias, en todos los dominios del pensamiento, proceden directamente de él. Hablando así, no olvido á Thompson, Godewin, Warren, Proudhon, Grün, Stirner y á tantos otros que han aportado á la constitución teórica de doctrinas libertarias los frutos de sus fecundas meditaciones, y que Bakounine no debe ser considerado como un pensador solitario que llega por sí mismo y por el esfuerzo de su propia inteligencia á crear toda una nueva concepción del mundo y de la sociedad; de lo que quiero hablar es de la influencia considerable que ha ejercido en la difusión de las doctrinas libertarias en Europa su infatigable espíritu de propaganda, su energía indomable, siendo justo consignar estas cualidades personales del hombre y del amigo, al cual se debe en justicia considerar como un verdadero iniciador.

Y por una consecuencia lógica de su pensamiento, luchando por la hermandad de las masas en la Europa occidental antes y después del período de florecimiento de la

asociación internacional de trabajadores, combatía igualmente por la liberación de los eslavos, convencido (en contra de Carlos Marx) de que sólo en su emancipación y no en la continuación y el entretenimiento de su opresión residía la más segura prenda de la libertad de Europa. En oposición á Carlos Marx, que en su *chauvinismo* limitado vió siempre en el eslavo al enemigo secular que era preciso á toda costa destruir, y creo que en este antagonismo es también donde hay que buscar el origen y la causa principal de la hostilidad que ha existido siempre entre los dos revolucionarios.

Creése, generalmente, que Marx y Bakounine no fueron enemigos hasta después de la entrada de este último en la sección central de la Asociación Internacional de Trabajadores de Ginebra, durante el mes de Julio de 1868. Es un error; Marx no cesó un instante de combatir y de calumniar á Bakounine, sobre todo desde la aparición de éste en la escena política europea, y aun antes de su participación en las resoluciones alemanas de 1848 y 1849. Empleó para aniquilar su influencia, cada vez más poderosa, todos los medios que podía ir ventar su espíritu astuto, ruin y péfido; desde la simple mentira y la difamación en apariencia anodina, hasta las acusaciones más desvergonzadas, más inicuas y más irritantes. Carlos Marx ha demostrado en esto, como en otras muchas cosas, que no había seguido ni retenido las lecciones de ese David Urquhard, que fué su inspirador y consejero en política; de ese diplomático chirle, marrullero, pretencioso y arrogante, lleno de falsa gravedad, de hiel y de mala fe; con pretensiones de infalible y afiliado, según se dijo, á la orden de los jesuitas (1).

No pretendo dar cuenta hoy del meritorio trabajo, aun no terminado, del Dr. Nettlau; solamente quiero demostrar, gracias á los documentos recogidos por él, que Marx no ha cesado de calumniar á Bakounine, y que en la guerra encarnizada que ha hecho al revolucionario ruso, no ha obrado nunca de buena fe.

I

Bakounine había ya residido varios años en el extranjero: en Alemania, Suiza y Bélgica, rehusando atender á las indicaciones reiteradas del gobierno ruso para que volviera á su país (2), cuando resolvió trasladarse á París. Llegó en el mes de Julio de 1844 y permaneció allí hasta Diciembre de 1847. Era la época en que la burguesía parecía llegada al colmo de su poderío; en que el orden y la tranquilidad reinaba por do quiera; en que hasta los partidos de oposición parecían debilitados.

«Los republicanos continuaban sus conspiraciones, dice Bakounine, en un manuscrito inédito con fecha de 1871 (3), pero se hubiese dicho que no conspiraban más que por puro placer; tan inocentes parecían sus conspiraciones. La policía de M. Duchâtel, lejos de temerles, parecía darles su protección.

»Esta fué la época de la primera aparición de los libros y de las ideas de Proudhon: que contenían, en germen, toda la revolución social (que me perdonen M. Luis Blanc, su débil rival, y Carlos Marx, su antagonista envidioso), comprendiendo en ellas, sobre todo,

(1) Julio Froebel, *Ein Lebenslauf*, II, 36.

(2) No tengo patria desde que he renunciado á la mía, y como el judío errante, seguiré débilmente la ruta que mi suero y mis creencias me indiquen. Es imposible volverse á hacer una patria; así, pues, no me tomaré este trabajo inútil, tanto más cuanto que estoy convencido de que Rusia está llamada á desempeñar un gran papel en el campo sagrado de la democracia. Únicamente con esta condición la amo... Carta de Bakounine á Emma Siegmund, 23 de Febrero 1843.—Nettlau, I, 64.

(3) Este manuscrito debía seguir á las *Cartas en francés*.—Nettlau, I, 63-66.

la *Commune* socialista destructora del Estado. Pero sus libros permanecieron ignorados de la mayoría de los lectores. Los periódicos radicales de aquella época, *El Nacional* y aun *La Reforma*, que se decía demócrata socialista, pero que lo era al modo de Blanc, se guardaron bien de decir una palabra, no ya de alabanza, sino ni siquiera de vituperio. Hubo contra Proudhon, por parte de los representantes oficiales del republicanismo, como una conspiración del silencio.

Esta época también fué la de las lecciones elocuentes, pero estériles, de MM. Michelet y Quinet en el Colegio francés, últimos destellos de un idealismo, quizás lleno de aspiraciones generosas, pero condenado por razón de impotencia. Ensayaron una insensatez pretendiendo establecer la libertad, la igualdad y la fraternidad de los hombres, bajo las bases de la propiedad, del Estado y del culto divino; nos quedan Dios, la propiedad y el Estado; pero en cuanto á libertad, igualdad y fraternidad, no tenemos sino la que hoy nos prestan Berlín, San Petersburgo y Versalles.

Por otra parte, todas estas teorías tienen en Francia un escaso número de partidarios. La inmensa mayoría de los lectores no se preocupan por ello, contentándose con las interminables novelas de Eugenio Sue y de Alejandro Dumas, que llenan los folletines de los grandes periódicos *El Constitucional*, *Los Debates* y *La Prensa*.

En esta época, especialmente, se inauguró el comercio de las conciencias. Luis Felipe, Duchâtel y Guizot, compraron y pagaron el liberalismo legal y conservador de la Francia, como más tarde el conde de Cavour compró y pagó la unidad italiana; lo que se llamaba entonces el *pais legal* en Francia, ofrece, en efecto, una gran semejanza con lo que en Italia se llama hoy la *consorteria*. Una colectividad de gentes interesadas que se han vendido y que no quieren más que venderse, transformando el Parlamento nacional en bolsa donde se expende periódicamente el país en bruto y al detalle.

El patriotismo se manifiesta entonces por transacciones mercantiles que, naturalmente, son fatales para el país, pero muy ventajosas para los individuos que se encuentran en estado de ejercer este comercio. Esto simplifica mucho la ciencia política, la habilidad gubernamental se reduce únicamente á saber elegir entre el grupo de conciencias que se presentan al mercado, aquellas cuya adquisición es más conveniente. Se sabe que Luis Felipe abusó mucho de este excelente medio de gobierno.

Es verdad que, fuera de esta burguesía ahita y alegre, existían los sansimonianos, los fourrieristas, los positivistas: Pecqueur y Vidal; Villegardelle, Flora Tristán y Thoré Jorge Sand y Pedro Leroux; Bucher y los demócratas místicos; Blanqui, Barbes y Raspail; *La Reforma*; los comunistas y los baboubistas autoritarios; Cahet y Dézamy, y un gran número de representantes más ó menos autorizados, de diversas escuelas ó tendencias revolucionarias. En este medio fué en el que apareció Bakounine, que se había puesta en relación en Rusia con los grupos más avanzados: en Alemania con los adeptos del radicalismo filosófico; en Suiza con Weitdilig y los comunistas, que habían también entrado en relación con los miembros influyentes de la emigración polonesa. En todas partes era amado. Todos los que le rodeaban sufrían el ascendiente, el encanto magnético de su poderosa naturaleza. Era uno de esos hombres á quienes se entrega uno y por quien se sacrifica. Después de la prohibición de los *Anales*, de Arnaldo Ruge, en Dresde y de la *Gazette Rhénane*, de Carlos Marx, en Colonia, los dos escritores alemanes fundaron en París, en 1844, los *Anales franco-alemanes*, Revista en la cual colaboró Bakounine; después de la desaparición de ésta, Enrique Börnstein publicó un periódico semanal *Vorwaerts*, alrededor del cual agrupó á A. Ruge, Carlos Marx, al poeta Herwegh, Miguel Bakounine, Weerth, G. Weber, al doctor Everbeck, J. Burgers, Federico Engels. En este

momento, Marx, que se había indisputado con Ruge (1) y lo acribillaba á inventivas y á injurias, comenzó á hacer á Miguel Bakounine una guerra sorda con papelitos y billetes comprometedores llegados no se sabe de dónde y destinados á herir más seguramente que las polémicas más vivas y trascendentales. Una ocasión sola iba bien pronto á ofrecerse á este maestro calumniador de envenenar para siempre la vida de este hombre honrado que dió de su lealtad política, de su sinceridad revolucionaria, pruebas por lo menos tan seguras y desde luego más brillantes que Carlos Marx diera en toda la suya.

En los comienzos de 1845, cuando Marx se ocupaba reservadamente en destilar su veneno contra Bakounine, el emperador de Rusia, á propuesta del Senado, le dirigió un *ukase* en el que «en vista de que los nobles Golovine y Bakounine han publicado en Francia escritos revolucionarios contra el gobierno ruso, y que no obstante las intimidaciones que les han sido hechas, no han regresado á su patria, se les declara despojados de todos sus derechos civiles y nobiliarios, se confiscarán en provecho del Estado todos los bienes que poseen en el Imperio, y que si alguna vez se les hallase en territorio ruso, se les transportaría á Siberia para que acabasen allí el resto de sus días. En una carta de 27 de Enero de 1845 dirigida á *La Reforme*, Bakounine se expresa así con motivo de este *ukase*:

«Mi posición personal es muy humilde. Desde mi estancia en Alemania y en Suiza fui denunciado al gobierno ruso como amigo íntimo de algunos publicistas alemanes pertenecientes al partido radical, como autor de algunos artículos periodísticos (2) y, sobre todo, como partidario de la nacionalidad polonesa, tan noble como desgraciada, y como enemigo declarado de la odiosa opresión de que ella continúa siendo víctima, todas cosas poco criminales, pero suficientes para preocupar á un gobierno tan celoso de su poderío como es el nuestro. Por esto se me ordenó volver inmediatamente á San Petersburgo, amenazándome, en caso de desobediencia, con toda la severidad de las leyes. Yo sabía lo que me esperaba á mi regreso, y además, prefiriendo los aires puros de la Europa occidental á la atmósfera asfixiante de Rusia, tuve varias veces la intención de expatriarme. Respondí con una negativa rotunda cuyas consecuencias preveía; no ignoraba que según las leyes de mi país cometía, con mi desobediencia al gobierno, casi un delito de lesa majestad; haría mal, por tanto, de lamentarme de una *ukase* que vino diciendo que se me privaba de un título de nobleza y se me deportaba á la Siberia, pues más que como castigo vi en lo primero un beneficio para mí, y en lo segundo una razón más para felicitarme de estar en Francia.»

Bakounine no pudo felicitarse mucho tiempo de la casualidad que le permitía vivir en París; el gobierno ruso iba muy pronto á intimar á Francia la orden de perseguirle á su vez. Le dió ocasión para ello el discurso, ya célebre, que pronunció en la gran Asamblea de Polacos, calle de Saint-Honore, núm. 352, el 29 de Noviembre de 1847. En una carta inédita que escribió más tarde (3) con respecto á este asunto, lo explica así:

«En el mes de Noviembre de 1847, Los emigrantes polacos residentes en París, se reunieron, según su costumbre, para celebrar el aniversario de su revolución. Yo estaba

(1) En todo momento C. Marx calumnió y difamó á sus adversarios. Sus polémicas contra Arnould Ruge, los hermanos Baur, Carlos Grün, Proudhon, Henisen, Willich, Carlos Vof son modelos, se pudiera decir «de maldad baja y de mala fe, pero que han sido empujadas por su campaña contra Bakounine. Y no solamente en las polémicas con sus adversarios difamaba y calumniaba C. Marx, sino hasta en sus obras científicas, como *El Capital*. Así manifestaba su necesidad malsana de inventar notas injuriosas dirigidas á los que le molestaban. Por esto puede leerse en la pág. 613 de la primera edición de *El Capital* una nota para «el medio ruso y moscovita entero Alejandro Hertzén, que esperaba regenerar á la Europa con el uso del kaut ruso». Este pasaje ha sido suprimido en la segunda edición de la obra.

(2) Artículo en los *Deutsche Fahrblätter* de A. Ruge; en la *Schweizerischer Republikaner* y en los *Deutsch-französische Fahrblätter*, de A. Ruge y K. Marx.—C. Nettlau, II. Notas, pág. 252 (núm. 2,522).

(3) Carta á J. Fanelli de 29 de Mayo 1867.—Nettlau I, 76.

ya emigrado y hacia mi primera aparición en público, y me aproveché de esta ocasión para pronunciar un discurso con objeto de demostrar una verdad para mí más que nunca incontestable; que entre los intereses del imperio de los czares y los de los pueblos rusos y no rusos que allí se encierran, hay una absoluta contradicción; que el poder de los czares está en relación inversa con su libertad, su dicha y su riqueza, y que, por consiguiente, el triunfo de la revolución polonesa, que daría un golpe mortal al imperio, sería una felicidad para aquellos pueblos. Por esta razón, en nombre de la democracia rusa, ofrecí á lo polacos la formación de una alianza revolucionaria. Mi propósito me condujo á hablar mal del emperador Nicolás, cuya mano férrea nos oprimía á todos; le maltraté un poco, ó mejor dicho, dije lo que se merecía, calificándolo de verdugo de inmensa cantidad de víctimas. No podía imaginarme entonces que el emperador Nicolás pudiera ser aventajado en este camino de sangre y de ignominia. Su sucesor é hijo Alejandro II, nos demostró la posibilidad, porque durante los cinco últimos años de su reinado, desde 1862 á 1867, hizo robar, prisionar, deportar, torturar y matar, diez veces más víctimas, polacas y rusas, hombres, mujeres, niños y viejos que su terrible padre, tan justamente renombrado por su crueldad, lo había hecho durante los treinta años que duró su reinado. En la época en que yo pronunciaba mi primer discurso, Francia estaba en plena reacción. Eran Ministros Guizot y el conde de Duchatel: el uno de Negocios Extranjeros y el otro del Interior. Amenazado por la revolución Luis Felipe, por un sistema de corrupción combinado sabiamente y aplicado con habilidad durante diez y siete años, había llegado á desmoralizar á la inmensa mayoría de los 300.000 electores, que constituan lo que entonces se llamaban el país legal; las Cámaras, convertidas en esclavas del poder, tal como hoy se encuentran, todavía votaban ciegas lo que les exigían los ministros. Esta mayoría corrompida apoyaba al gobierno, que creía poder burlarse impunemente de las necesidades, de los sufrimientos y del descontento unánime de 30 millones de hombres privados de sus derechos políticos, y el gobierno en el interior de Francia parecía un gobierno despótico. En el exterior, Guizot orgulloso de haber arreglado el matrimonio de los reyes de España, creía haber reconquistado las antiguas tradiciones de la gran política francesa y haber acercado el reinado de Luis Felipe al de Luis XIV. Guizot, dije yo, había roto la alianza inglesa, á la cual la opinión pública consideraba como necesaria para una política liberal, y hacía todos los esfuerzos imaginables para conquistar las amistades de las tres cortes despóticas del Norte. Era la época de la guerra de los cantones radicales de Suiza contra el Sunderbund, y aparecían los primeros síntomas de la resurrección italiana. La diplomacia de la santa alianza había aprovechado las disposiciones serviles del ministerio francés, y pactaba con él un convenio secreto contra la libertad de Europa.»

Hablando en nombre de la parte más esclarecida del pueblo ruso, Bakounine se dirigió á los hermanos de Polonia, como antes, en 1824, los nobles mártires *decabristas* lo habían hecho, con el objeto de combatir juntamente el despotismo y la tiranía y de conquistar la libertad y la independencia de 60 millones de hombres aplastados bajo una mano de hierro, y terminó su arenga con el resplandor de estas palabras: «La reconciliación de Rusia y de Polonia es una obra inmensa y digna, á la que debemos entregarnos. Es la emancipación de 60 millones de habitantes; es la libertad de todos los pueblos esclavos que gimen bajo un yugo extranjero; es, en fin, la caída, la caída definitiva del despotismo en Europa. Que venga, pues, el gran día de la reconciliación, el día en que los rusos, unidos á vosotros por los mismos sentimientos, combatiendo por la misma causa y contra el común enemigo, tendrán el derecho de entonar con vosotros el canto nacional polaco, himno de la libertad eslava

Jeszcze Patska nie Zginela.»

Este discurso, publicado el 5 de Diciembre de 1847, tuvo una inmensa resonancia. El consejo de ministros, á petición de la embajada rusa, decretó la expulsión de Bakounine, el cual quiso conocer la causa de su proscripción, pero sus cartas no tuvieron respuesta. Hipolito Vavú, por su parte, dirigió una carta violentísima á Guizot anunciándole su intención de interpelarle y declarando que no cesaría de reclamar la abolición de la ley de sospechosos, herencia triste del Directorio. El 10 de Enero de 1848, en la Cámara de los Pares, el conde D'Alton Shee, preguntó al ministerio que declarara si había cedido á las exigencias de la legación rusa ó á un movimiento de servilismo espontáneo, y si la disposición había sido por parte del presidente del Consejo, obediencia ó galantea (1). El 4 de Febrero, después de discutir la interpelación de Hipólito Vavú y de Fernando de Lasteyrie, Guizot, presidente del Consejo, citó esta frase del discurso de Bakounine: «Se quería, señores, que llamaráis hermano al emperador Nicolás, al opresor, al enemigo más encarnizado, al enemigo personal de Polonia, al verdugo de tantas víctimas, al que os persigue con infernal perseverancia, tanto por odio como por política»; y pretendió que esta frase y otras parecidas eran la causa de la expulsión del autor. Duchatel, ministro del Interior, había hablado del revolucionario ruso en términos equívocos y despreciativos. Cuando se manifestó la contradicción evidente que existía entre los dos discursos ministeriales, Guizot se limitó á responder estas palabras tan insultantes para Bakounine: «En cuanto al hecho de la expulsión, ha tenido el gobierno motivos sobrados para decretarla, y yo ni puedo ni debo dar cuenta de estos motivos.»

Inmediatamente después, Bakounine, que se había refugiado en Bruselas (2), escribió una carta al conde de Duchatel, en la cual se quejaba, no de la medida tomada contra él, porque la encontraba natural, sino de las reticencias de la respuesta del ministro á los interpeladores, y le desafiaba á dar públicamente algún motivo de su expulsión que no fuera honroso. El ministro, según su costumbre, no respondió. Quince días después, la revolución les barría á él y á sus compañeros.

¿A qué se referían las reticencias del ministro? A esto nada más. El gobierno había pedido informes de Bakounine, y Kisseleff, embajador de Rusia en París, respondió: «Es un hombre que no carece de talento, ha sido empleado, pero ha ido demasiado lejos y no podemos consentir su presencia en París.» Kisseleff había tratado de extender entre lo emigrados rusos el rumor de que Bakounine era, ni más ni menos, que un agente ruso (3). ¿Y quién era este Kisseleff? Un amigo íntimo de la familia Van Wesphalen, y Jenny Van Wesphalen era la mujer de Carlos Marx.

(1) D'Alton Shee, *Souvenirs de 1847-48*, I, 95.—Nettlau, I, 77.

(2) Carta de 7 de Febrero de 1848.—Nettlau, I, 78.

(3) Nettlau, I, ...

(Continuad.)

EL CASTILLO MALDITO

CUADRO TERCERO

Decoración.

Representa tres calabozos subterráneos del Castillo de Montjuich; cada calabozo está dividido por una pared vertical de cuatro metros de profundidad; los calabozos no tienen más abertura que una puerta al foro; en las puertas una ventanilla para poder ver lo que pasa dentro sin necesidad de abrirlas; del techo pende un farol de aceite que está encendido día y noche; en el calabozo de la derecha se halla Gana con los brazos atados por las espaldas y las esposas puestas; en el de la derecha, y de la misma manera, hallase Ollé (Juan Bautista); ambos dan vueltas por los calabozos trotando; Gana trota más seguro que Ollé; alguna vez se para, para aplicar la lengua en la pared húmeda; la sed le abrasa; Ollé tambalea y se arrima á la pared, parándose un segundo apoyado en ella; cuando eso sucede, se oye una voz que dice «anda, anda.» Así se pasan tres ó cuatro minutos; se oyen ayes lastimeros que parten de otros calabozos; después, y á una parada más larga de Ollé, ábrese la puerta de su calabozo y aparecen dos verdugos con un vergajo en la mano; al verlos Ollé se pone á chillar como un loco, recordando lo que aquellas fieras le han hecho otra vez.

ESCENA IX

Gana, Ollé y dos verdugos.

VERDUGO 1.º

No parece sino que te da el mal de San Vito al vernos.

OLLÉ

(se para apoyado en la pared). ¡No puedo más; matadme!

VERDUGO 2.º

¿Que no puedes más? ¡á trota!

OLLÉ

¡No puedo; matadme de una vez!

VERDUGO 2.º

¡A trotar!

OLLÉ

¡No puedo más; tres días sin comer!...

VERDUGO 1.º

(pegándole con el vergajo). Toma, toma; esto te aligerará un poco las piernas.

OLLÉ

(intentando trotar de nuevo). ¡Asesinos, asesinos!... Tres días sin comer ni beber, ni descansar (va á caer), siempre trotando, siempre tro... (cae sin sentido de bruces al suelo; de la nariz y de la boca le sale sangre, á consecuencia de la caída; se oyen ayes lastimeros que parten del calabozo cero, en donde se atormenta á Aschery).

VERDUGO 2.º

Habrá que avisar al teniente.

VERDUGO 1.º

Déjalo dormir. No es la primera vez que éste cae al suelo sin sentido, ni será la última (pansa). Trae agua.

VERDUGO 2.º

¿Para dársela á beber?

VERDUGO 1.º

¡Ca, hombre! Para echársela en la oreja á ver si vuelve en sí. (Verdugo 2.º desaparece; continúan oyéndose los ayes lastimeros más débilmente que antes; Gana sigue su marcha con mucha fatiga; algunas veces se arrima de espaldas á la pared como para descansar y continúa trotando; Ollé vuelve en sí y hace un pequeño movimiento). ¡No eres tú poco meticuloso que digamos!

OLLÉ

(levantando un poco la cabeza ensangrentada). ¿Dónde estoy?

VERDUGO

¡Ea, levántate y anda, que tú eres Lázaro y yo soy Jesús!

OLLÉ

Tú eres el demonio.

VERDUGO

Conque me has conocido. ¿eh?; pues toma
(le da dos patadas en el vientre).

OLLÉ

(Revolcándose por el suelo). Asesino... Asesino... (Aparece el otro verdugo con un botijo de agua.) ¡No!... Dadme agua y seréis santos.

ESCENA X

Los mismos y Portas.

PORTAS

(desde la puerta). Di la verdad.

OLLÉ

La tengo dicha.

PORTAS

No; lo que has declarado no es verdad; la verdad es que tú arrojaste la bomba.

OLLÉ

(incorporándose). Mentira; fuiste tú ó uno de de los tuyos.

PORTAS

Vergajo y á trotar hasta que reviente (desaparece).

ESCENA XI

Los mismos menos Portas.

VERDUGO 1.º

Levantemos á ese gandul. (Lo levantan).

VERDUGO 2.º

¡Anda, pillín; anda, que ya has recobrado fuerzas!

VERDUGO 1.º

(amenazándole con el vergajo). Y si no anda, palo.

OLLÉ

(prueba á trotar y no puede). No puedo.

VERDUGO 1.º

(al segundo). ¡Dale fuerzas, hombre!

VERDUGO 2.º

(dándole palos): Toma: jerez, manzanilla; ahora bizcochos.

OLLÉ

(anda fatigosamente diciendo): ¡Asesinos!... ¡Asesinos!... ¡Asesinos!...

(Los Verdugos lo contemplan un momento, y convencidos de que trotará buen rato, lo dejan solo. Gana ha trotado en su calabozo hasta el momento en que aparece Portas en el de Ollé; entonces cae dando de cabeza contra la pared. La escena queda unos segundos de la siguiente manera: Ollé trotando trabajosamente, Gana tendido en el suelo en medio de un charco de sangre y oyéndose los ayes desgarradores de Aschery; después se abre el calabozo de Gana y aparecen los dos Verdugos de antes vergajo en mano.)

VERDUGO 1.º

(reparando en Gana). ¿Qué tiene ese; se habrá suicidado?

VERDUGO 2.º

¡Grave contratiempo!

VERDUGO 1.º

No te apures; será una indigestión de bacalao seco, porque lo que es éste, ha comido.

VERDUGO 2.º

¡Mira tú que no darle á uno más que bacalao seco para comer y sin agua, debe ser cosa rica!

VERDUGO 1.º

Es mala gente; el que menos, ha puesto media docena de bombas.

VERDUGO 2.º

¿Y qué hacemos con él?

VERDUGO 1.º

Esperar que el hambre ó la sed lo despierten.

VERDUGO 2.º

¡Si por una de las dos cosas ha de ser!...

VERDUGO 1.º

(observando á Gana); ¡Calla! (Pausa.) Vamos, ya tenemos hombre (á Gana). ¿Qué tal, cómo se ha pasado la noche?

GANA

(con extrañeza). ¿La noche? Aquí siempre es de noche. Estamos en el Infierno (incorporándose y señalando á la pared). Ved cómo saltan los demonios. (Los verdugos, dominados por el delirio de Gana, miran hacia donde éste les señala.)

VERDUGO 1.º

Si no se ve á nadie.

GANA

Legiones de ellos se ven.

VERDUGO 2.º

(al primero). ¿Sabes lo que me parece?

VERDUGO 1.º

¿Qué?

VERDUGO 2.º

Que éste se hace el loco para que le dejemos descansar más tiempo.

VERDUGO 1.º

¡Tienes razón! *(dándole golpes en el hombro)*. Tú, demonio, levántate.

GANA

Levantado y trotando estoy.

VERDUGO 1.º

¿Te burlas de nosotros, picaro? *(Los verdugos levantan y sacuden á Gana.)*

GANA

(con ayuda de los verdugos se sostiene, pero tambaleándose como si estuviera borracho).
Trotó más de prisa que vosotros.

VERDUGO 1.º

¿Sí? *(al otro)*. Suéltale *(le sueltan y Gana vuelve á caer)*. Pues ahora, palos hasta que se levante. *(Le dan de palos, se abre el calabozo de enmedio y aparece Molas empujado por otros verdugos; cuando lo tienen dentro del calabozo, lo atan rápidamente sin decir palabra mientras se apalea á Gana, mientras trotaba tambaleándose Ollé y mientras se oyen los ayes desgarradores que pronuncia Aschery.)*

Cae el telón pausadamente.

FIN DEL ACTO TERCERO

LA ETICA Y LA REVOLUCION SOCIAL

I

Veamos de qué manera realiza el partido socialista la tarea de «la revolución moral» y si el método que él aplica, alcanza, en efecto, el fin que se propone. De ordinario, toda la propaganda del comunismo autoritario consiste en presentarle á los obreros como la organización del porvenir, explicándoles que la propiedad común resulta necesariamente del desenvolvimiento actual de la técnica de producción y que aquella asegurará á los hombres todas las ventajas sociales; añádese, naturalmente, que ese nuevo orden no puede ser conquistado sino por la revolución del proletariado, y que es preciso tender á esa revolución organizando sus fuerzas con la mira de la lucha. El obrero adquiere, pues, nuevos conocimientos y nociones, de los que, sin embargo, no sabe qué hacer. El comunismo es para él un asunto de un porvenir lejano é indefinido, un conocimiento teórico que puede interesarle y que puede esforzarse en comprender, pero que, en su propia vida, no tiene ninguna aplicación práctica. Todo el lado práctico de la propaganda se reduce á las huelgas, á la fundación de cajas profesionales, á la defensa de intereses presentes, á la participación en los sufragios y en las elecciones ó bien en las manifestaciones, pero esto no se encuentra en ninguna relación inmediata con el comunismo y puede realizarse igualmente bien, aun sin la consciencia de esa idea. En una palabra, la propaganda actual, por lo que concierne al comunismo autoritario, se limita á dar á los obreros nociones teóricas sobre el comunismo, como sobre la organización social del porvenir, aproximadamente de la misma manera que se les comunicarían conocimientos populares sobre el darwinis-

mo ó sobre los pueblos primitivos. En cuanto á lo que concierne á los intereses del día, ha adoptado otro método: aquí, se trata no solamente de comprender la cuestión, sino de aplicarla á la práctica, de introducirla en la vida; se hace, pues, la propaganda del antagonismo entre las clases, de los derechos políticos de los obreros, de la importancia de la organización y de las huelgas, para que estos nuevos conocimientos y nociones se manifiesten en un comportamiento de conformidad con ellos. La diferencia procede evidentemente de que el comunismo, considerado únicamente como una organización social que no debe aparecer sino en un día remoto, debe, por la necesidad de las cosas, continuar siendo una cuestión abstracta frente á los problemas de la vida, sin ofrecer más que un interés puramente intelectual. La idea del comunismo, después de haber penetrado en el cerebro del obrero y satisfecho cierta curiosidad intelectual, no tiene ya nada que hacer en él, porque, no siendo más que una teoría del porvenir social, aislada de la vida presente, permanece por esto mismo absolutamente ajena frente á todos esos hechos reales, vivientes, que constituyen el contenido de la vida y del alma humana. Si aparece de cuando en cuando en la conciencia, no es más que bajo un aspecto completamente estéril, como una convicción teórica ó un conocimiento científico que no obliga á nada, como un pensamiento de naturaleza abstracta, incapaz de traducirse en algo concreto que pertenezca á la vida del hombre. Preséntase algunas veces en las asambleas, en las discusiones, en las manifestaciones y en los sufragios electorales, pero siempre con el mismo carácter, abstracción que no tiene nada de común con la realidad existente; y en cuanto á lo demás, fuera de esos momentos solemnes, en que las convicciones se afirman, el hombre vive, piensa y obra, como si tal idea no existiese en su cerebro. Claro está que una idea que vive en el espíritu de tal manera, aislada de todo lo que importa al hombre y le conmueve, de sus intereses y asuntos de todos los días, una idea exclusivamente intelectual, no puede constituir el elemento de la revolución moral; es demasiado débil para ello y está demasiado superficialmente unida al alma humana. Ante todo, se ve obligada á permanecer abstracta, á vivir únicamente en fórmulas verbales, en aserciones más ó menos generales, porque le está negado la carne y la sangre de la vida ambiente.— Mientras se trate de una idea concerniente á las necesidades y á la conciencia humana, podemos siempre indicar que está presente en tal cuestión ó en tal obra, que tal hecho la confirma y tal otro la niega; podemos encontrar sus modelos prácticos en nuestro propio alrededor y asegurarnos, por decirlo así, de una manera tangible de lo que es, viendo sus formas concretas.— No se puede hacer otro tanto con el comunismo autoritario ó de cuartel, considerado únicamente como la organización social de un futuro remoto; si separamos de él la ética individual, entonces, en la vida ambiente no encontramos nada en donde pueda expresarse de una manera real é inmediata; queda, pues, fatalmente en los espíritus como una fórmula económica y jurídica, muy sumaria por lo demás, y cuyo desarrollo en supuestos ó imaginados presenta también grandes dificultades. Resulta de esto, que la idea permanece débil, pobre en asociaciones y no puede adquirir ascendiente ni sobre la conciencia moral ni sobre la inteligencia; no aparece sino en pos de los motivos intelectuales, los más raros y menos vivaces en el hombre, girando de lejos sus verdaderos motores interiores, los que rigen el comportamiento en las cuestiones diarias. No puede animarse ni tomar vigor sino en los espíritus especulativos, que se interesan en cuestiones puramente teóricas, y, por consiguiente, poco numerosos.

Los espíritus especulativos son también los únicos capaces de conservar su pureza conceptual, y de ordinario, por esto mismo se queda en estado de pensamiento abstracto, de fórmula general y despojada de contenido vital, se transforma absorbiendo ele-

mentos completamente extraños. Es la ley psicológica, á la cual es imposible sustraerse. El comunismo, como una concepción abstracta, y es siempre abstracto lo que no lleve en sí la vida con su libertad y su materialidad, se esfuerza por traducirse en cada espíritu en concepciones más concretas y toma lo que encuentra en el alma humana modelos de la vida y motivos morales propios de la organización actual. Como la ideología práctica y corriente del hombre contemporáneo es reglamentada, el comunismo toma en su cerebro los mismos caracteres, y esta transformación se produce de una manera hasta tal punto espontánea é inconsciente, que ni uno mismo se da cuenta de la comedia que representa consigo mismo, ocultando antiguallas bajo la nueva denominación revolucionaria. De esta fuente es de donde proceden nociones tan absurdas desde el punto de vista lógico como la dictadura fiscal del proletariado en la sociedad futura, los bonos de trabajo sustituyendo á la moneda, la retribución proporcionada al número de horas de trabajo, el colectivismo de Estado con empleados en lugar de fabricantes, el sistema penal que obligue al individuo á cumplir los deberes del comunismo, etc.; y en los espíritus completamente ignorantes, en los obreros á los cuales la propaganda ha lanzado la consigna de la organización futura sin precisarla más, el comunismo toma sencillamente la siguiente forma: ocuparemos el puesto de la burguesía y la dominaremos como hoy nos domina ella. En una palabra, lo único que cambia con los papeles y los nombres, mientras que las relaciones entre los hombres mismos permanecen invariables. La ideología, unida íntimamente á la vida, se sobrepone á la abstracción y á la marca de su sello; en la idea, el contenido antiguo se conserva tomando apariencias revolucionarias tanto más peligrosas cuanto que, engañando por el brillo de algo nuevo y mejor, permiten que el tipo moral conservador se arraigue más profundamente todavía.

Por lo demás, dejando á un lado las degeneraciones, hay que observar que las ideas verdaderamente revolucionarias constituyen entre las gentes una especie de personalidad con la que no se revisten sino los días de fiesta; toda la vida de esas ideas está contenida en las palabras; somos revolucionarios cuando hablamos en asambleas, cuando discutimos, cuando formulamos nuestros deseos concernientes al porvenir social, en suma, en nuestros razonamientos y deseos teóricos. En cuanto á los acontecimientos en que la idea revolucionaria entra en contacto con la vida, son siempre de una naturaleza simbólica, ya se trate de dar durante las elecciones el voto al candidato socialista, ó de tomar parte en una manifestación. Pero esto no es todavía la encarnación inmediata de la idea del comunismo, semejante, por ejemplo, á la realización del principio de la «fraternidad», en una acción de socorro desinteresado, cuando la idea se convierte por sí misma en un hecho viviente y evidente sin otras explicaciones; no es sino una unión convencional consistente en ponerse de acuerdo sobre la significación de un hecho determinado; tome parte en el cortejo, esto quiere decir, según la proclama del partido, que soy partidario de la propiedad común y adversario del gobierno; por un momento, la idea se reanima en mi cerebro, admitiendo naturalmente que el sentido mismo de la manifestación no haya sido falseado; y la alteración de este sentido convenido es muy frecuente, porque cada uno de los participantes no se manifiesta sino porque el mismo se ha representado bajo la idea proclamada. Una significación falsa, que no tenga nada de común con las ideas revolucionarias, puede mostrarse aún más fácilmente durante las elecciones, en que la táctica de los candidatos mismos, deseando poseer por lo menos el *Sümmrich* si no pueden tener más, contribuye á ello frecuentemente en amplia medida.

Pues bien; contra toda la antigua ideología conservadora, que se graba cada vez más profundamente en el alma humana, tienen que luchar los débiles lazos de naturaleza sim-

bólica que ligán la idea revolucionaria á la vida. Fuera de las asambleas, de las manifiestaciones, de las elecciones, el comunista es un hombre vulgar y semejante á todos los otros: como todos los demás, se cuida del dinero, de la propiedad, mira ante todo su propio interés, invoca el socorro de la policía, se aprovecha de las instituciones del Estado, se entusiasma con el ejército nacional, con las victorias, con el poder del Estado, si está en país libre desde el punto de vista político, manifiesta un verdadero patriotismo y hasta el *chauvinismo* de raza; en suma, presenta el tipo más ordinario de pequeño burgués, no haciéndose revolucionario sino en los momentos solemnes de «la acción política». En estos últimos tiempos, desde que la corriente de la política positivista ha comenzado á hacerse cada vez más preponderante en el campo de la democracia social, se tenía á puntillo de honor ese burguesismo moral de los socialistas, esforzándose por persuadir á los adversarios del partido que un socialista es tan buen patriota y ciudadano del país, ferviente adorador de los mismos dioses domésticos—familia, trabajo, orden político—como cualquier hombre honrado.

¿Qué es lo que puede resultar de este estado de cosas? —Ante todo—el desdoblamiento del individuo de quien la propaganda ha hecho un revolucionario convencional y el que en realidad ha permanecido conservador, en presencia de lo cual, para efectuar una revolución social con hombres que están todavía en la ética burguesa, hay que dirigirse al «jacobinismo», á la revolución burocrática, es preciso que hombres instruidos é inteligentes, que profesen la doctrina socialista, y conscientes del estado de cosas, que hayan conquistado de cualquier manera que sea un punto de apoyo en las masas, se apoderen del poder político y establezcan, con ayuda de la «dictadura», una sociedad nueva. Así, pues, la teoría de la «violencia» está estrechamente ligada á la propaganda actual del comunismo, y es preciso reconocer que es una consecuencia lógica de esa revolución completamente convencional de las opiniones, á la cual se ha limitado la propaganda por su propia voluntad. El comunismo, como noción abstracta, es un agente moral demasiado débil para aportar la reorganización espontánea de la sociedad, aun en el caso en que todas las fuerzas del desarrollo de la técnica viniesen en su apoyo; el proletariado que hubiera guardado en el fondo del alma necesidades burguesas, una conciencia propietista y policíaca, no podría, con arreglo á la divisa verdaderamente revolucionaria, *emanciparse á sí mismo*; es preciso, pues, ayudarle por medio del «estado revolucionario» y realizar con la dictadura lo que no tiene base en la conciencia del pueblo; al mismo tiempo se considera «el estatismo» como una cosa hasta tal punto inocente que no podrá alterar en nada el ideal social perseguido, y no se ve que al entrar en el nuevo mundo como uno de sus elementos constitutivos no se le dejará por esto mismo convertirse en verdaderamente nuevo.

Está claro que en presencia de este carácter puramente teórico, intelectual de la ideología comunista, la influencia del partido no podría ni mantenerse, ni abarcar mayores masas de población, si no envolvese al mismo tiempo por su propaganda los intereses vitales del día. El «programa mínimo» es el que la salva del sopor político. En lugar de informaciones teóricas, de postulados aislados de la vida actual, presenta objetivos prácticos, ideas asociadas á los intereses de todos los días, como por ejemplo, la conquista de un salario más elevado, la disminución de la jornada de trabajo, los derechos políticos, el antagonismo de clases; en una palabra, ideas que, haciéndose conscientes en los cerebros obreros, se convierten al mismo tiempo en una nueva necesidad, dan nacimiento á la acción que tiende á satisfacerla, introduciéndose en la vida y cambiando las condiciones de ella, lo que hace que penetren verdaderamente en las masas laboriosas y constituyan el

verdadero contenido del movimiento obrero. Al buscar hoy la revolución del proletariado, no se podrían indicar otras manifestaciones colectivas que las que llenan el programa *mínimo* del socialismo, es decir, las luchas por intereses del día de la clase obrera, políticos y económicos; en cuanto á la idea del comunismo, no se une á ello sino de una manera formal, como un apéndice de lujo, del cual pueden prescindir perfectamente los problemas de la lucha presente. Cuando se trata, por ejemplo, de obtener de los fabricantes mejores condiciones de trabajo ó de obligar al gobierno á introducir alguna reforma provechosa para las clases trabajadoras, como la jornada de ocho horas, el sufragio universal, etc., la tesis del comunismo no representa en esos asuntos sino un papel puramente convencional; todo marcha tan bien con ella como sin ella, puesto que no ocupa lugar alguno en la obra en sí, ni en la organización de los hombres para la lucha; las organizaciones obreras no socialistas, como por ejemplo, las antiguas *Trades Unions* inglesas sentaban, en la lucha económica contra los capitalistas, los mismos fines y los mismos principios del antagonismo de clases, que los partidos socialistas; y partidos como los de la democracia rural y de los liberales, esencialmente hostiles á la idea del comunismo, organizaban, sin embargo, al igual de los socialistas, las masas populares para la lucha por derechos políticos, sentando los mismos postulados y los mismos fines que alcanzar, como por ejemplo se ha realizado en Austria y en Bélgica en la cuestión del sufragio universal. Esto prueba solamente que el programa *mínimo* del movimiento socialista no está ligado por ningún lazo real á sus principios revolucionarios, que por su misma naturaleza se comporta de una manera indiferente respecto del comunismo, y que, por consiguiente, la propaganda limitada á ese programa, si bien proporciona al partido inmensas ventajas, no constituye todavía, sin embargo, esa revolución de los espíritus que llevaría la sociedad al comunismo.

El partido socialista lo comprende perfectamente y, de costumbre, no considera á todo ese movimiento de la lucha de clases por *intereses del día* sino como un período preparatorio de la revolución, como una escuela en donde el proletariado aprende á conocer sus fuerzas, á organizarse y á luchar con su formidable arma de la solidaridad. Porque si se detuviera uno en esto sería la retrogradación de la historia y la bancarrota de la revolución. Un salario más elevado, la jornada normal y el democratismo político, pueden perfectamente compaginarse con la organización actual y no ser más que una mejora de la sociedad propietaria y autoritaria adormeciendo á sus elementos de descontento y de rebelión. Frente á la tarea histórica del proletariado, las ventajas obtenidas por este lado no tienen importancia sino en tanto que preparan un campo más libre para la propaganda. El mejoramiento de la situación económica de los obreros, y sobre todo la limitación de la jornada de trabajo, les asegura mayor descanso, mayor libertad de espíritu, y sirve así de palanca á su inteligencia; el derecho al voto en las elecciones suministra á la propaganda socialista la posibilidad de ponerse más frecuentemente en contacto con las masas populares, lo que hace que pueda servir á los fines revolucionarios del partido; nadie, sin embargo, va á pretender que el solo hecho de haber obtenido mejores condiciones materiales ó una mayor libertad política acerque moralmente al obrero al comunismo y á la revolución social, visto que precisamente en esas categorías del proletariado que han conseguido obtener las más ventajosas condiciones de trabajo (como por ejemplo la aristocracia obrera de las *Trades Unions* inglesas), y en los países en que los derechos políticos son más amplios, como en Suiza, encontramos á menudo el mayor conservadurismo de opiniones. Hay aquí una doble partida entre el alma del hombre y el hecho social que le ha hecho la vida más fácil sin cambiar en nada las bases de la organización

reinante. De un lado, gracias á la mayor desocupación y á la libertad política, el hombre se hace *intelectualmente* más apto para apropiarse nuevas opiniones y participar de los merecimientos sociales reformadores; del otro, sin embargo, se liga con lazos más fuertes á la organización actual; las instituciones fundamentales de ésta, tales como la propiedad, el Estado, el sistema penal, el ejército, encuentran bases más sólidas en sus necesidades personales, es decir, que *moralmente* se hace menos capaz de adoptar la idea revolucionaria. La suposición de que los deseos de la clase obrera irán aumentando á medida que obtenga nuevas concesiones, aun cuando fuese verdadera, no resuelve la cuestión revolucionaria, porque, propiamente hablando, no se trata aquí del crecimiento de los deseos actuales de los hombres, sino más bien *del cambio de dirección de esos deseos*; no se trata de desarrollar en la clase obrera el apetito de la vida «burguesa», sino, por el contrario, de desarrollar en ella el deseo de una vida nueva fundada sobre principios y factores morales completamente diferentes. Tanto más cuanto que ese mejoramiento de las clases trabajadoras no puede convertirse en un hecho general y duradero, mientras se conserven las bases propietistas de la organización actual; vista la tendencia siempre creciente de la técnica productiva á limitar el número de la mano de obra en la producción, y la presión cada vez más fuerte ejercida por los grandes monopolios capitalistas sobre el mercado universal, las reformas realizadas en el terreno del salario se convertirían necesariamente en el lote de una parte cada vez más pequeña del proletariado, la cual conservaría celosamente su privilegiado puesto de obreros ocupados en un trabajo regular enfrente de la masa retirada de la producción, viviendo de plazas inseguras y fortuitas, ó bien improductivas, como, por ejemplo, el servicio doméstico, y que no se beneficiaría de las ventajas obtenidas por obreros fabriles. Así, pues, la propagación de los factores morales que llevan á los obreros á luchar solamente por mejores condiciones de trabajo, el deseo de un *standart of life* más elevado en la sociedad burguesa, no puede por sí mismo en ningún caso llevar á la emancipación del proletariado, puesto que, desde el punto de vista económico, la realización está limitada en el sistema capitalista, y que desde el punto de vista moral es conservador; nada impide tampoco suponer que el obrero profesional que llegase por medio de la lucha gradual á un salario elevado, estaría más cerca de transformarse en accionista de una de esas diferentes empresas basadas sobre el principio de acciones pequeñas que se desarrollan cada vez más convirtiéndose en foco de concentración de pequeños ahorros, que de hacerse comunista, deseando arrancar de la vida humana todas las formas de la explotación y del interés pecuniario. —Del mismo modo, las conquistas políticas de los obreros no constituyen un factor suficiente para producir la revolución, porque si la propaganda no logra arraigar en los espíritus la idea del comunismo, los derechos políticos adquiridos podrán no servir más que para consolidar las instituciones fundadas sobre la propiedad y el Estado autoritario á ella anejo, como se verifica por lo demás actualmente en todas las sociedades democráticas; la conciencia política, aunque se haga revolucionaria á medida de la democratización del poder, de la introducción del sufragio universal, del derecho de iniciativa, del *referendum*, etc., tiene, sin embargo, su límite fatal y fundamental en las condiciones económicas, á saber, que no puede separarse definitivamente de la policía mientras exista el interés de la propiedad privada.

Llegamos, pues, á las dos conclusiones siguientes: 1.ª, que la propaganda del comunismo hecha por medio del método *intelectual* en uso hasta ahora, es absolutamente incapaz de realizar la revolución moral, precisamente á causa de su método; y 2.ª, que esa revolución moral que procede necesariamente á la nueva organización, es igualmente im-

posible de realizar por medio del programa mínimo, porque falta á este último la ideología revolucionaria, sin la cual hasta puede convertirse en factor del conservadorismo social. Sin embargo, la solución del problema es muy sencilla y resulta de la misma aproximación de esos dos géneros de propaganda. La vitalidad de las ideas proclamadas por el programa mínimo consiste en que estas se traducen en la conciencia de los obreros en *cosas concretas*, afectándoles personalmente, que desde el dominio intelectual pasan al dominio vital y tienden á transformar la vida actual. El obrero que las ha adoptado no solamente ve bajo otro aspecto los fenómenos sociales que le rodean, sino lo que es más importante, obra diferentemente y aprecia de una manera distinta sus propios intereses vitales; la ideología adquirida se afirma, pues, bajo la acción de los hechos diarios y el curso mismo de la vida la reaviva incesantemente á cada nuevo conflicto de los antagonismos de clases. Así es que de toda la propaganda socialista, los puntos expuestos por el programa *mínimo* son los únicos que sobreviven en las masas y se desarrollan espontáneamente hasta prescindiendo de las influencias del partido. Y este es el mismo carácter que debe adoptar la propaganda del comunismo, si debe realmente cumplir su misión de revolucionamiento moral de los hombres. En lugar de permanecer como una concepción abstracta y una noción puramente teórica sin ninguna influencia sobre los fenómenos corrientes de la vida, la idea del comunismo debe traslucirse en los cerebros de sus adeptos en hechos concretos, encontrarse en todas las cuestiones de la vida cotidiana, ser el problema de la actualidad viviente. En lugar de residir solamente en *opiniones intelectuales* en donde está condenada á la esterilidad y á la degeneración, debe penetrar hasta el hombre real, que sienta deseo y dirija su conducta, unirse á sus necesidades personales, convertirse, en una palabra, en su conciencia moral y expulsar de ella todo ese cristianismo burgués sobre el que se apoyan todas las instituciones de la organización actual. Para que la revolución moral, ese nudo de toda transformación, se realice, es preciso que el comunismo se apodere de los espíritus de tal manera, que se pueda reconocer en la vida misma de los hombres, en las costumbres, en su conducta privada y diaria, que son comunistas, hombres que pertenecen al nuevo tipo, á la nueva moral revolucionaria; que al penetrar en medio de ellos, se pueda sentir en seguida que es un mundo diferente, que nada tiene de común con el mundo burgués, una nueva vida social que se desarrolla sobre bases completamente distintas, regida por nuevos motivos y factores morales. Mas para esto se necesita, ante todo, que la idea misma del comunismo deje de ser tratada como una tesis económica y jurídica de un porvenir lejano, puesto que bajo ese aspecto no puede ser más que un problema de orden intelectual, sino que se convierta al mismo tiempo en una tesis de la *ética individual*, capaz de regir la vida humana en el presente mismo. Veamos si esto es posible, si existen en la vida actual condiciones que permitieran introducir en ella la moral comunista como un hecho íntimamente ligado á las necesidades de los hombres y que arregle realmente sus relaciones recíprocas.

J. R. Walczewski.

(Continuad.)

MUSA AUGURAL

(A los poetas de mi tiempo.)

I

¡Oh Gaya Morgana mía,
Madona de poesía
Del rito sentimental,
Que ciernes tus altos sueños
Como albatros zahereños
Sobre las sirtes del mal!

Bendita sea la Gracia
que plugo honrar mi desgracia
Con la gloria de tu don,
Cavando en la mente viva
La sacra fuente rotiva
De tu eterna inspiración.

Sin ti, yo hubiera caído
En la Gekenua, vencido
Por la furente Ananké,
Forzado de la existencia,
Pirata de la demencia,
O mercader de la Fe.

Ramando como un endriago
Con la fiebre del estrago
En las pupilas sin luz,
O encogiéndome villano
Como un sinuoso gusano
Para ascender sin mi cruz.

Ante el Kosmos enemigo,
Habría sido un mendigo
Del crear y del sentir;
Job, tan sólo rico en podres,
Bebiendo en añejos odres
Las heces del devenir.

II

¡Oh Gaya Morgana mía,
Surtidor de poesía
Cuyo ritmo ascensional
—Bajo el astro de la Ciencia—
Tornasoló mi conciencia
Y sublimó mi ideal!

Felice, bendita seas,
Nodriz de mis ideas
A quien debo lo que soy.
Como madre me enseñastes,
Como amada me inspirastes
Siempre augusta, ayer como hoy.

Recuerdo, en la adolescencia
Tu primer iridescencia
En la penumbra interior,
Do, la efigie de una bella
«Desnuda como una estrella,»
Me iluminara de amor.

Recuerdo tus magias todas
En las citas y en las bodas
Del febril imaginar;
Las divinas apoteosis,
Y las geniales neurosis
Que apareja tu gozar.

¡Cómo trocabas las cosas
De fútiles en grandiosas,
Y viceversa también;
Satanes en Prometeos,
Nimbos de espina en trofeos
La propia tierra en Edén!

III

So el todo que le encadena
El bulbo de la azucena
Eleva un tallo triunfal,
Que, cual incensarios de Eros
Florecen su pebeteros
De una blancura nupcial.

Así también, alma mía,
Emergió tu poesía
Del lodo del corazón,
Cubriendo la herencia fiera
Con la inmortal Primavera
De tu inmortal floración.

Por ti, yo he sido el beluario
Del gran reino originario;
Daniel del foso interior
Domador de los leones;
Aeda de las naciones,
De ésto emancipador.

Por ti he dado á las almas,
Como el polen de las palmas,
La *buena nueva* augural
Que contiene los fermentos
Y los férreos pensamientos
De la redención social.

Con flamígeras estrellas
He ido encendiéndó en ellas
La rabia de la verdad;
Y en la alta noche sombría
Les he indicado la vía
Inmensa, de la Igualdad.

Para hundir los Tabernáculos
Y derribar los Oráculos
Del absurdo y del error;
Para arrasar la Ignorancia,
Y difundir la abundancia
Del trabajo y del Amor.

Para hacer de los humanos
Libérrimos ciudadanos,
Paladines del deber,

Para infundir en sus pechos
Los primordiales derechos
á la vida y al placer.

Para acelerar las fases
De la antropofagia (1) de clases;
La miseranda doblez;
Para acabar en la tierra
Con el culto de la Guerra
Que mantiene el interés.

Para aventar las montañas
De prejuicios, las entrañas
De toda Fatalidad;
Para aclarar los abismos
De los viejos fanatismos
Que hieden á iniquidad.

Para que cada conciencia
Opere al sol de la Ciencia
Su propia transmutación;
Y al astro que la redime
Brinde, en ex-voto sublime,
Su postret superstición.

Para curar de inquietudes
A las pobres multitudes
Que veja la infame Ley;
Para levantar las frentes,
Para redimir las mentes,
Para libertar la grey.

Como el viento entre las palmas
Fecundaré nuevas almas
Con el polen augural...
Que contiene los fermentos
Y los grandes pensamientos
De la redención social.

Con flamígeras estrellas
Seguire encendiendo en ellas
La rabia de la Verdad;
Y en la alta noche sombría
Iré indicando la vía
Inmensa, de la Igualdad.

(1) Abreviación de Antropofagia.

IV

¡Oh, mis réprobos canallas,
Carne vil de las batallas
Emponzoñada de alcohol!
¡Galeotes del Bien fecundo,
Sin más justicia en el mundo,
Que la justicia del Soll

—
Cristos, que vais por la vida
Sangrando de alguna herida,
Muriendo de algún pesar:
Vagabundos, harapientos,
Torvos, sombríos, hambrientos,
Sin Dios, sin Patria. ni Hogar.

—
Yo encresparé las mareas
De vuestras rojas ideas
En ímpetu ascensional,
Hasta que el último icono
Ruede del último trono
Como un espectro infernal.

—
Soplaré en vuestro marasmo
El Simoom de mi entusiasmo
Que ora es odio y ora amor;
Hasta que alcéis las cervices

De estos crepúsculos grises
En una alba superior.

—
¡A la cárcel y el destierro
Llegará el ¡desperta ferro!
De la ansiada redención,
Cuando arroje, todo siervo.
La dinamita del Verbo
En bombas de rebelión!

V

¡Sobre el Nuevo Mundo en cuajo,
Nuevo mundo del trabajo
De la ciencia y la equidad,
Vibrará en su real belleza
La sublime *Marsellesa*
De la libre Humanidad!

—
Sentireis eternamente,
Como el fragor de un torrente
Que se derrumba en el mar,
Confundirse eternamente
Mi clamoreo rugiente
A vuestro enorme ulular!

Armand Vasseur.

Charruópolis, 1903.

Tolstoi.—Los anarquistas cristianos.—Los anarquistas idealistas.—¿No luce para todos el sol del comunismo libertario?

El compañero Malato parece haber tomado á pecho el excomulgar á Tolstoi y á los anarquistas cristianos. Varios son los que sienten el ver cómo gasta así fuerzas que podrían ser más noblemente utilizadas, tanto más cuanto que en lo que se refiere al autor de *Resurrección*, el compañero Malato parece inexactamente informado. Preferiríase no verle hacer el eco al Santo Sinodo moscovita, á los tribunales alemanes, italianos, etc., para condenar al ostracismo al gran pensador ruso, que es á la vez un artista notable, un novelista de los más finos y un sociólogo interesante. Afecto yo mismo á una filosofía idealista—en mi sentir informadora del cristianismo primitivo—gran admirador de Tolstoi—cuyas ideas no comparto, sin embargo, por completo—en relación con anarquistas y socialistas independientes, cuyas tendencias se acercan á Tolstoi—PABLO BIROKOFF, W. TCHERTKOFF, FÉLIX ORT, ARTURO ST. JOHN, W. BIENSTOCK, JORGE D. HERMOÚ, W. THUBSTOU, BROWN, etc.—Voy á tratar de restablecer los hechos.—Digamos desde luego que en oposición á Malato, que trata de dividir á los anarquistas en el terreno

filosófico, nuestros compañeros anglo sajones, por ejemplo, han realizado siempre en sus periódicos la fusión en el terreno de la inteligencia económica y moral: nada de autoridad del hombre sobre el hombre, nada de explotación del hombre por el hombre. Pedro Kropotkine, lo mismo que aquéllos, ha reconocido francamente que «hay anarquistas religiosos (1)». Eliseo Reclus en las conversaciones que yo he tenido con él, me ha parecido siempre de acuerdo para la inteligencia en el terreno económico y moral

La actitud del compañero Malato es tanto más extraña, cuanto que forma parte de una logia masónica y de la Asociación Nacional de librepensadores—en donde los anarquistas son una ínfima minoría—en donde dominan, por el contrario, burgueses mantenedores del gobierno radical de M. Combes, patriotas, patronos, etc. Yo conozco un cierto número de tolstoianos militantes, expulsados de Rusia, por haber preconizado la resistencia á pagar los impuestos, la resistencia á llevar las armas, la resistencia á cultivar la tierra, á los cuales jamás he visto mezclarse con asociaciones políticas. Miles de ellos están en Siberia y yo pretendo que tienen mayor derecho á nuestro respeto, á nuestro apoyo, así lo pienso, que los políticos de las logias ó del «Libre Pensamiento» gubernamental.

*
* *

Trataré de explicar más adelante las razones psicológicas que han debido de impulsar á Malato á tomar esa actitud.

Por el momento no me ocuparé más que de Tolstoi, dejando á un lado al artista y al literato; conviene, en efecto, que á un periódico como *Tierra y Libertad* (2) se le tenga al corriente de todos los movimientos que afectan á la idea y sobre todo á la práctica anarquista.

Se ha censurado al autor de la *Verdadera vida* el servirse del vocablo Dios, el haberse proclamado discípulo del carpintero de Nazaret. Olvidase siempre en qué sentido lo ha hecho.

Lo mismo que Jesús, Tolstoi no reconoce á un Dios milagrosamente creador, su Dios es una idealización de la conciencia,—hasta se ha llegado á pretender que era él mismo idealizado, John Coleman Kenworthy, que le conoce bien, le ha asimilado siempre á Kosll. En resumen, la idea tolstoiana de Dios no podría molestar más que á los fariseos ó á los ignorantes. El Cristo de Tolstoi es un ser humano, ideal, un filósofo extraordinario, un innovador profundamente reformador. Nada más. En una época en que el *hecho religioso* existe, en que el *hecho cristiano* existe, en que un gran número de mentalistas—sobre todo esclavos y anglo-sajones—no podrían satisfacerse con soluciones puramente materialistas, no veo por qué criticáramos á Tolstoi el haber opuesto á la religión una filosofía religiosa. Todas las mentalidades no son semejantes. No se puede, sin embargo, cortar la cabeza á nadie porque su constitución fisiológica le determine—libremente—á afiliarse á tal tendencia filosófica. Todo lo que le pedimos es que no haga un dogma de su filosofía y que reconozca francamente que no es superior á la de otro. Los Torquemada irreligiosos no son mejores, después de todo, que los Torquemada religiosos. Que cada cual adopte las concepciones filosóficas que le aseguren la mayor cantidad de felicidad individual.

*
* *

(1) *L'Intransigeant*, núm. del 15 Febrero 1903.

(2) Este artículo ha sido escrito para ser publicado en *Tierra y Libertad*; pero la Redacción, contando con la benevolencia de su autor, ha creído conveniente, dada la índole del trabajo del compañero Arnaud, publicarlo en LA REVISTA BLANCA.

Pero la filosofía religiosa de Tolstói no basta para hacer apreciar el valor y la influencia del pensador ruso. Lo que le caracteriza, sobre todo, es su aversión á la autoridad, autoridad del Estado, de la Iglesia, del dogma filosófico, del dogma socialista, del mismo dogma científico (1). Se muestra de los más agnósticos en las cuestiones de los orígenes de la vida.

No conoce sino al hombre moralmente desarrollado—piedra del grandioso edificio de la Ciudad futura,—al hombre que ha domado su bestialidad nativa, regenerado, capaz de amar, que no se deja arrastrar superficialmente por la busca de la satisfacción pasajera de los apetitos—para retroceder una vez satisfechos aquéllos. Tolstói tiene horror del trabajo superficial, de la influencia momentánea: preconiza la transformación moral del ser humano y llega, sin expresarlo, á esta fórmula—tal vez sin percibir todas las consecuencias de ella:—A individualidades moralmente transformadas, sociedad económicamente renovada.

He aquí, por lo demás, dos extractos que harán comprender mejor todavía la manera de ver de Tolstói:

«Los obreros son atormentados, abrumados, transformados en esclavos, solamente porque por una mínima ventaja, pierden ellos mismos sus vidas y las de sus hermanos. Los obreros se quejan de los propietarios terratenientes, del gobierno, de los fabricantes, de los ejércitos.

Pero los propietarios terratenientes se aprovechan de las tierras, el gobierno levanta impuestos y los fabricantes disponen de los obreros y las tropas reprimen las huelgas porque los obreros mismos ayudan á los propietarios, al gobierno, á los fabricantes, á los ejércitos, y hacen ellos mismos todo aquello de que se quejan.

Si el propietario terrateniente puede explotar cien hectáreas de terreno sin labrarlas por sí mismo, es únicamente porque los obreros, por su propia ventaja, van á trabajar á casa de aquél como capataces, guardas campestres, empleados. Del mismo modo el gobierno establece impuestos sobre los obreros, porque éstos, seducidos por el salario procedente de sí mismos, entran como contra maestres, como jefes, como preceptores, como policas, como aduaneros, como guardas en la frontera, es decir, ayudan al gobierno á hacer aquello de que se quejan.

Los obreros se quejan también de que los fabricantes disminuyen el salario y aumentan el número de horas de trabajo; pero también sucede únicamente porque los obreros mismos reducen los precios unos á otros, y además se contratan con los fabricantes como vigilantes, guardas, capataces, contra maestres, é inspeccionan, imponen multas y por todos los medios oprimen á sus hermanos trabajadores en beneficio de sus amos.

En fin, los obreros se quejan de que se envíen tropas contra ellos si quieren poseer la tierra que creen suya, si no pagan los impuestos ó se declaran en huelga.

Pero los ejércitos están formados por soldados y los soldados son á su vez obreros, de los cuales algunos por conveniencia, y otros por miedo, entran en el servicio militar y otorgan la promesa solemne, contraria á la conciencia y á la ley de Dios que reconocen, de matar á todos aquellos á quienes los jefes manden matar.

Así todos los males de los obreros provienen de ellos mismos.

Que cesen no más de ayudar á los ricos y al gobierno y todos los males se destruirán por sí mismos.

¿Por qué, pues, continúan haciendo lo que les pierde? (2)».

(1) Tolstói es naturalista; comparte las tendencias de Ruskin: Regreso á la tierra, etc.

(2) El único medio.

He aquí otro pasaje, extracto de su último volumen, *A los trabajadores*:

«Los trabajadores están subyugados por el gobierno, por los ricos, ¿pero qué son, pues, esos hombres que componen el gobierno y las clases ricas? ¿Qué son? ¿Hércules cada uno de los cuales puede vencer á decenas y centenares de trabajadores? ¿O esos hombres, los gobiernos y los ricos, son los únicos que pueden hacer todo lo que es necesario y producir todo aquello de que viven los hombres? Ni una cosa, ni otra; esos hombres no son héroes, sino al contrario, seres degenerados é impotentes. No solamente esos hombres no son muy numerosos, sino que son cientos de veces menos numerosos que los obreros, y todo aquello de lo que viven esos hombres no está hecho por ellos sino por esos obreros. Entonces, ¿por qué, pues, ese reducido grupo de hombres débiles, ociosos, que no saben ni quieren hacer nada dominan á millones de trabajadores? No hay más que una respuesta. Es porque los obreros se guían en la vida por las mismas reglas y leyes que guían á sus opresores.

»Si los obreros trabajan y no se benefician tanto de los trabajos de los pobres y de los débiles como los gobiernos y los ricos que no trabajan, no es porque les parezca esto malo sino porque no pueden y no saben hacerlo como lo hacen los gobiernos y los ricos más habituados y más duchos que los otros. Los gobiernos y los ricos dominan á los obreros porque éstos desean también, y de la misma manera, dominar á sus hermanos los trabajadores. Por la misma razón—la misma manera de comprender la vida—los obreros no pueden rebelarse, como sería preciso, contra sus opresores. Por penosa que sea para un obrero la opresión que soporta de los gobiernos y de los ricos, sabe en su alma que él mismo obraría de la misma manera—y tal vez obra así, en una débil medida, con respecto á sus hermanos.

»Los obreros se unen por el deseo de subyugarse unos á otros, y por esto es por lo que les es fácil á los hombres habituados que han acaparado la fuerza y el poder de subyugarlos. Si los obreros no fuesen opresores á su vez como los gobiernos y los ricos que no se cuidan sino de aprovecharse de las miserias de sus prójimos para asentar su bienestar, si vivieran fraternalmente pensando unos en otros y ayudándose entre sí nadie podría dominarles.»

Porque parte de la transformación del individuo es por lo que Tolstoi preconiza la resistencia pasiva. Parecería á primera vista mucho más budista que cristiana: el martir Galileo, adversario irreconciliable de los *sepulcros blanqueados*, recorrió todo el mundo y arrojaba á latigazos á los mercaderes del templo.

¿Quién sabe si el método de Tolstoi (1) no es sencillamente el resultado inevitable de las concepciones de su cerebro?

Muy lejos de recomendar que se espere la conversión de los explotadores al ideal anarquista, aconseja que se obre *inmediatamente*. ¿Cómo? ¿Será oponiendo la violencia á la violencia? He aquí todo el problema. La violencia es autoridad concretizada: de la violencia se han servido los reyes, los sacerdotes, los jueces, los explotadores, las autoridades de todas clases. Para responder á la violencia, es inútil ser consciente ó fuerte moralmente, basta ser vigoroso físicamente. No es ya una cuestión de desarrollo moral ó intelectual, es una cuestión de fuerza bruta.

El más poderoso alcanza la victoria, lo que no prueba que tenga razón. ¿Es preciso, pues, resignarse? Desde luego que no, y Tolstoi hace un llamamiento á la razón consciente de los individuos: *Negaos á empuñar las armas, negaos á pagar los impuestos, negaos*

(1) Repito que difiere á veces de Tolstoi sobre las aplicaciones prácticas de la resistencia pasiva.

á cultivar la tierra para otros, porque el militarismo, el gobierno, la propiedad individual son los más horribles de los pecados. Hacedlo conscientemente y cuando los soldados se nieguen á marchar contra los campesinos ó los contribuyentes en huelga, no les quedará á los propietarios terratenientes y á los gobiernos otra solución que ceder.

Tal es en pocas líneas la idea de Tolstoi.

En su folleto *á los trabajadores*, propone como modelo de régimen comunista, el que Kropotkine desarrolla en la *Conquista del pan* y señala al pasar el proyecto de la «Sociedad japonesa para la restitución de la tierra á los trabajadores», y el sistema de Henry George.

En el fondo jamás el gran escritor ruso ha predicado la resignación. Es resignado el que inclina la frente sin protestar bajo el látigo del amo. El negarse á tomar las armas, á pagar el impuesto, á cultivar la tierra para un propietario, ¿no son actos eminentemente y conscientemente revolucionarios? En el Sur de Rusia, como he sabido por cartas particulares, batallones enteros se han negado á marchar contra los huelguistas, hasta tal punto, que el gobierno ha tenido que recurrir á veces á regimientos de gobiernos alejados. No hay tal vez propaganda más eficaz que esa, porque apela á la conciencia individual y no ya á la colectividad desorientada á menudo, y arrastrada inconscientemente sin comprender el alcance de sus actos. Ahí está toda la obra de Tolstoi.

E. Armand.

(Continuad.)

CRÓNICA CIENTÍFICA

No más mareo... para los ricos.—Sobre la cremación de los cadáveres.—Valoración industrial de las cataratas del Zambese.—Porvenir del continente negro.—Bibliografía: «El estudio de los fenómenos desde el punto de vista de su problema particular», por Gastón Gaillard.

Sabido es que el mareo procede de los movimientos del barco en tres direcciones diferentes: las oscilaciones de cada lado del eje longitudinal, llamadas balanceo; las oscilaciones sobre el eje transversal, y, por último, el movimiento de sube y baja del barco.

Lo que hasta ahora no ha logrado la Medicina, después de varios ensayos y aun habiendo entrado en el catálogo de la charlatanería algunos específicos, lo ha logrado la mecánica; pero con tan mala sombra, que si el descubrimiento actualmente teórico se lleva á la práctica, podrá parangonarse á los *sleeping-cars* de los ferrocarriles, destinados á llevar carne viciosa y holgazana de explotador ó de usurero enriquecido, ó de magnate tiránico, nunca hombres y mujeres trabajadores y decentes.

Se trata de unos camarotes colgantes que tienen un sistema de muelles, con los cuales, cualquiera que sea el movimiento del barco, quedan siempre perfectamente horizontales.

Mientras el invento no pase de la categoría de ganga para los privilegiados, poco tendrá que agradecer la humanidad al inventor, ya que, con invento ó sin él, los trabajadores que han de recurrir á la emigración en busca de pan, albergue y vestido, que los usurpadores propietarios les niegan en su patria, seguirán mareándose al cruzar el Océano huyendo de la tiranía monárquica para entrar en la tiranía republicana.



Los sectarios de las diferentes formas de la mentira cristiana sienten aversión invencible por la cremación de los propios cadáveres, aunque les agrade quemar prójimos vivos.

Es la cremación una medida racional é higiénica, sobre todo comparándola con la inhumación, especialmente en las grandes poblaciones, donde la descomposición lenta de los cadáveres constituye un peligro positivo para la salud pública.

Uno de los argumentos que los cristianos consideran como más eficaz en favor de su maléfica rutina mortuoria, es que la cremación fomenta el crimen de envenenamiento porque suprime las huellas. Lo contrario es lo cierto; los venenos no se destruyen por la combustión, antes bien, por ella se manifiestan más fácilmente.

Niempre que arden materias orgánicas, como el cuerpo humano, conteniendo arsénico, las sales alcalinas formadas en el curso de la operación, reaccionan sobre el veneno y se fijan en la forma de arseniato no volátil.

Un corresponsal del *Lancet* en la India, donde la cremación es tan general entre los indígenas, refiere el hallazgo de gran cantidad de arsénico en las cenizas de una persona envenenada criminalmente, lo que confirma la consideración anterior.



Las famosas cataratas del Zambeze, las *Victoria Falls*, descubiertas por Livingstone, serán pronto entregadas á la explotación burguesa, modo inicial de llegar á ser útiles á la humanidad. Para ello se ha formado ya un sindicato, calculando que dentro de quince años podrá suministrar fuerza motriz en cantidad casi ilimitada; y decimos *casi*, porque sabido es que el Niágara, con una altura de 50 metros y un ancho de 800, puede suministrar un millón de caballos de fuerza, con que imagínese la que podrá desarrollar *Victoria Falls* con un salto de 140 metros y una anchura de 1.600.

Las máquinas empleadas para la captación y la transformación de la fuerza, serán probablemente análogas á las empleadas en el Niágara, y la Compañía está ya en tratos con una célebre casa constructora americana.

La Compañía piensa distribuir energía así generada en un radio de 250 kilómetros y uno de sus primeros clientes será probablemente la primera sección del ferrocarril transafricano del Cabo al Cairo, cuya construcción está ya muy adelantada.

En la vecindad de las cataratas se encuentran las minas de cobre más ricas del mundo, según se dice, y bosques inmensos de madera utilísima para la construcción de barcos que esperan para ser aprovechados la apertura del país al ferrocarril; la cueca hullera de Wankie podrá ponerse entonces en explotación y añadirá su contingente de *pan de la industria* al de las minas de Europa y América que comienzan á dar señales de agotamiento.

El hecho de que los tranvías de Oakland, ciudad de California, sean movidos por la energía resultante de las cataratas de Yuba, situadas á la distancia de 250 kilómetros, permite esperar que las de *Victoria Falls*, con métodos y material perfeccionado, distribuirán á mayor distancia energía para el alumbrado eléctrico de las ciudades, hoy nacientes y en lo porvenir quizá grandes centros de población, de Bulawayo, Salisbury y Qwels; para mover las baterías de pilones de las minas de oro; para suministrar la electricidad necesaria á los telégrafos, teléfonos, tranvías, etc.; todo á precios mínimos.

Si el proyecto va adelante, y nada hay contrario al buen éxito, contribuirá ampliamente á desarrollar pronto en aquellos extensos territorios, hoy señorío de leones é hipópótamos, una civilización más sana y progresiva que la decrepita de Europa y la ya vi-

ciada de América. La catarata, el genio alternativamente malévoló ó benéfico del negro, su más poderoso fetiche, será enfrenado por el blanco y se verá forzado á trabajar en provecho de su domador.

* *

El *Etude des Phénomènes*, por M. Gaston Guillard, cuya lectura acabo de terminar, es un libro bueno y oportuno. El autor es un admirador de Nietzsche, y ha cuidado de sacar las más bellas consecuencias de algunos pensamientos emitidos por el prodigioso filósofo alemán. Su libro destruye por completo la política moderna y las concepciones corrientemente admitidas sobre las leyes y la moral. Con elocuencia extraordinaria y argumentación triunfante demuestra que esas concepciones son contrarias á la ciencia y concluyen fatalmente en resultados desastrosos, como lo vemos diariamente, siendo además, incapaces de remediar los males que afligen á la humanidad, porque incurren en la grave falta de considerar todos los hombres como idénticos, tomando al individuo como entidad social, es decir, dándole un valor ficticio, arbitrario, dependiente de elementos extraños á él y á su constitución.

Presenta en cambio la defensa de una concepción opuesta: la que se propone todo conocimiento como investigación de la particularidad de los fenómenos, es decir, como la ciencia de su manifestación propia, ya que es evidente que la diversidad es el carácter bajo el cual se manifiestan todas las formas de la vida.

Esta concepción va á parar, pues, al desarrollo del hombre completo, al cultivo de todas sus propiedades originales y á la afirmación de que él es en sí mismo; en una palabra, á su completa emancipación.

Járrida del Mármol.

NEO-MALTUSIANISMO

Hambre, peste y guerra. ¿Quién nos podrá librar de estas plagas calamitosas, de estos pandóricos horrores? Según los buenos católicos solamente San Sebastián; pero es necesaria mucha fe, muchas penitencias y limosnas para el sagrado, infalible, santo Papa, prisionero y mendigo del Vaticano, que este *viejo de la montaña* no misterioso, pero dogmático, es quién tiene el cofre de las bendiciones y gracias celestes, la cornucopia de la abundancia, misericordias y perdones de la cariñosa Madre Iglesia y el poder de mandar á todo el mundo para el cielo ó para el infierno. Son, en verdad, los pecados las negruras y las abominaciones de los revolucionarios de todos los tiempos, de los librepensares, ateos, materialistas, anarquistas, la causa del mal que es justo castigo del cielo, ya que á la Santa iglesia de Roma no le ha sido posible quemar, calcinar á todos los herejes y sacrilegos que tienen pacto con el diablo y ni temen á Dios ni al rayo de las excomuniones..... *Anatema siii! Abrenuntio!* ¡Bendito el señor Dios de Sabasth, Dios de terror! ¡Ah! Si el espíritu maligno del siglo, influenciado por Satemazón, por Lucifer, no hubiera arrebatado á los santos hombres de Dios, con mano sacrílega, tantos bienes; si hubiera ahora el mismo piadoso desprendimiento del año 1000, que donase todo á la santa iglesia católica de Roma; si ella fuese única señora dominadora, como por derecho divino debe serlo, nuestro culto deslumbraría con esplendores y pompas nunca vistas, nuestros conventos convertiríanse en verdaderos Olimpos y la majestad soberana de nuestros prínci-

pes de la Iglesia sería terrible, divina, y los impíos serían fulminados y abrasados, y de las piltrafas de nuestra mesa, ejerciendo la caridad, aún haríamos obras de misericordia, y el pueblo se pondría de rodillas á nuestro paso y nos bendeciría considerándonos su providencia, y no más habría en el mundo malditos revolucionarios y nosotros reinariamos absolutamente.

Los burgueses, los economistas políticos, esos, asaz inflados de ciencia, discurren con otro criterio. Dicen:—«La cuestión social es de naturaleza irreductible, insoluble. El pauperismo es fatal». Torciendo las teorías darwinianas relativas á las especies, orgullosos, arrogantes, egoístas, enseñan la siguiente doctrina: «La vida es una lucha-guerra de todos contra todos, según la expresión del germánico discípulo de Darwin, y pertenece á los más fuertes y adaptables. Es la selección natural.

Ahora bien; la clase burguesa es la más adaptable, la que vence y prepondera, la única predominante, y, como superior y hegemónica, le compete el mando y la pertenece la tierra. Los proletarios tienen que obedecer nuestras leyes y contentarse con el salario que generosamente les concedemos, ó morir de hambre y sufrir las penas que nuestros Tribunales les infligieran por desobedientes. ¿Qué sería de los desheredados de la fortuna, de los pobres trabajadores del campo, de la fábrica, de la mina, del mar, si no fuese el capital? ¿Dónde estaría el progreso, la civilización, la literatura, la ciencia, el arte, la industria, la navegación y todo sin la burguesía? Somos los ricos, los fuertes, los adaptables; la naturaleza, seleccionándonos, diónos todos los derechos; á los otros, como reprobados, como inferiores, les queda simplemente el deber y tienen que resignarse y conformarse con su suerte. Los que se combinan para las huelgas son rebeldes y deben ser tratados como tales. Los que no pueden obtener trabajo están *ipso facto* condenados á sufrir las consecuencias; porque, necesariamente, tiene que haber siempre un ejército de reserva del trabajo, ya que la producción, como la mecánica, la química, las matemáticas y todas las ciencias, progresa de una manera asombrosa. Después, nosotros, los burgueses, no somos responsables de la miseria de los demás.»

En este punto acuden á la escuela masónica, muy *altruista* con la teoría de la *beneficencia*, como los católicos romanos con la caridad y el socialismo de la Iglesia con sus encíclicas, su agua bendita y el consejo de la obediencia absoluta, de la perpetua humildad....., porque al Papa y á los cardenales romanos les basta el dinero de San Pedro; á los obispos, las rentas de la mitra; á los curas, la de sus ovejas; á los frailes, las limosnas; á los discípulos de Ignacio de Loyola, las hermanas de la caridad, á los confesores, sus confesadas, y porque viven célibes, como los ángeles y el espíritu santo, contentándose todos con la mujer del prójimo.....

Malthus, interpretando á Darwin como padre y buen burgués, atérrase al considerar la cuestión social, y *ergoteando* como eclesiástico ilustrado en cuestiones teológicas y hechos de la Biblia, según la cual unos—los hijos de los hombres descendientes de Caín son malditos—, y otros—los hijos predilectos de Jehová, son benditos—, juzgó que los malditos estaban inexorablemente condenados á la esclavitud, á todos los horrores—hambre, penuria, miserias, tormento y muerte,—y los benditos, esto es, las clases sacerdotales, nobles y burguesas, eran destinados al goce supremo como señores. Tomando, no obstante, aires pretenciosos de sabio, procuró dar á su teoría sociológica una forma matemática, hoy universalmente conocida, afirmando que la humanidad aumentaba en razón geométrica á la vez que los alimentos crecían solamente en proporción geométrica. Y concluyó: «Quien desde su nacimiento no tuvo lugar en la mesa en el banquete de la vida, nació condenado á muerte. La naturaleza lo repele y se encarga de eliminarlo en la pro-

pia sociedad. El no tiene derecho alguno á reclamar, y quien, por piedad lo socorre, comete un crimen de lesa naturaleza.» Después pretende resolver ó impedir la cuestión social con la siguiente fórmula:

«A los trabajadores les está, pues, negado el placer del amor. No se casen ó casense tarde y sean castos para no procrear. La multiplicación de los trabajadores es la causa de su miseria.»

Estas ideas levantaron gran marejada en Europa y, naturalmente, las opiniones se dividieron en dos campos: pro y contra. Evidentemente, aquella manera de cortar el nudo gordiano, sería violenta, antinatural, antifisiológica, antisocial, antihumana. Entre tanto, de la idea malthusiana nació la idea del neo-malthusianismo que hoy se discute mucho entre ciertos elementos ilustrados y la que no puede ser indiferente á los ácratas, porque ahora tomó filiación racional, científica, y por esto deseamos exponerlo con toda la franqueza y la simplicidad de nuestros modestísimos conocimientos, en otros artículos que iremos escribiendo sucesivamente.

Pereira de Carvalho.

BIBLIOGRAFÍA

Por la Vida, novelita catalana de J. Pons Pagés.

Sacudir la pereza intelectual, ahondar en la conciencia, presentar los problemas de la vida social de modo que los toquen y resuelvan los indiferentes, los necios panglosianos que creen que en este mundo el mejor de los mundos cada cosa está en su lugar, es obra meritoria y que Pagés ejecuta al pelo.

Un hombre y una mujer, que son como desperdicios de la familia y de la sociedad, por circunstancias que ocurren siempre, que vemos todos los días y que el autor presenta con realidad perfectamente observada, viven sin poder vivir y aun dan vida á una hija, y para ir tirando hacen lo que todos los seres vivientes en el universo, toman y se asimilan cuanto necesitan y tienen á mano. Este es el caso: ¿pueden y deben hacerlo? Eso únicamente lo discuten los superanimales, quienes, por la vanidad de distinguirse y darse tono en el universo, inventaron un ridículo fantasma llamado Jehová, se proclamaron hechos á su imagen y semejanza y, sin contar con que la semilla para convertirse en planta, la planta para dar fruto y el animal para respirar y nutrirse, se las arreglan á su modo en un universo que para ellos no tiene tuyo ni mío, los muy inferoanimales escribieron leyes que limitan la posesión, y el que no tiene perece de miseria, y el propietario se atiborra de necesario y de superfluo hasta reventar de harto y de bruto.

Claro está: la pareja de vividores ponen su derecho á vivir sobre esas leyes, por no tener más remedio, y gozan del derecho á vivir, robando; de donde resulta que no son ellos los ladrones, sino la sociedad.

Acaban trágicamente, y todos sus conciudadanos se alegran; pero la verdad y la justicia, incomprendibles para la turba multa, se abre paso al fin, y la reconoce uno, y este uno es nada menos que un campesino propietario, víctima especial de los latrocinios de la pareja maldita, es decir, del menos apto para solucionar racionalmente el problema del derecho á la vida, con lo que queda patente que se ha de vivir á pesar de todos los obstáculos opuestos por la ignorancia y la injusticia, y á la postre la verdad será reconocida y la justicia practicada.

Yo no sé si Pagés, á quien no conozco ni siquiera sabía que estaba en el mundo,

piensa así, ni si ha querido decir lo que yo he entendido en su librito; pero tal es la impresión que me ha producido.—ANSELMO LORENZO.

..

ALFREDO NAQUET. *La ley del divorcio*.—París. Biblioteca Charpentier. Eugenio Fasquelle, Editor. 1903. Un volumen en 18^o páginas, XV-302.

Las páginas de este libro, que relatan las relaciones de amistad entre el autor y Alejandro Dumas, nos han emocionado profundamente, porque expresan el ardiente deseo de Naquet de atraer á Dumas, «aquel aristócrata del pensamiento», á las ideas republicanas y democráticas. Leyéndolas, hemos pensado, que después de veinte años de intervalos, lo encontramos animado por los mismos sentimientos, tan profundos y tan sinceros y vemos á Naquet que sigue su evolución hasta el fin, convirtiéndose en uno de nosotros, á nuestras ideas. Su *Crítica de la anarquía* que ha publicado en la excelente Revista parisiense *L'Humanité Nouvelle* (1), indica que la necesidad que sentía de estudiarnos y de criticarnos provenía precisamente de que era atraído por nuestras ideas y de que, sus últimas dudas están pidiendo que sea convertido y convencido.

Su ideal sería el anarquismo, si él lo creyera realizable. Lo propio ocurrió el año 69 cuando, en su *Religión Propiedad Familia*, defendió Naquet la propiedad y el capital; después, siguiendo una evolución continua y directa, llegó á admitir la organización comunista.

Con su poético y á la vez científico lenguaje, considera á la anarquía, como la asintota de la evolución y, añade, que, desde un momento determinado de la evolución, la diferencia entre la evolución y la anarquía, será infinitamente pequeña: infinitamente pequeña es, pues, desde este momento, la distancia que media entre Naquet y un anarquista.

..

En *La Ley del divorcio*, el autor que es al mismo tiempo «el padre del divorcio» en Francia, hace la historia de su propia obra con la admirable modestia que caracteriza al pensador profundo y al sabio. Su ley está inspirada en los principios de 1792. Presentó al Parlamento su primer proyecto de ley en 1876 y bajo una nueva forma en 1878; pero no fué promulgada hasta el 27 de Junio de 1884.

Durante ocho años, sostuvo una campaña penosísima y continua. Esta campaña, no solamente fué fecunda para hacerle marchar hacia adelante en sus ideas, sino que le proporcionó ocasión de disipar muchísimos prejuicios. ¡Cuánta astucia tuvo que emplear para llegar á fin!... ¡Y cuántas veces tuvo que atenuar sus convicciones en las reuniones y, sobre todo, en las Cámaras para evitarse un desastre!

Naquet ataca «con mucha cortesía» al parlamentarismo y manifiesta cuáles fueron las influencias que hicieron que su ley se resienta.

..

Algunos amigos nuestros han reprochado á Naquet que el divorcio es, con respecto á la familia y á la sociedad, algo parecido á la válvula de seguridad de una máquina de vapor.

Es cierto; pero no se comprende por qué la vieja maquinaria, á la que faltaba este *escape*, hubiera volado necesariamente teniendo otros como el adulterio, el crimen y el suicidio.

(1) *L'Humanité Nouvelle*. *Revista Internacional*, 16, rue de Conde Paris, VI.

En estos desahogos, hay mayor hipocresía que en el divorcio, y no comprendemos qué se hubiera ganado de continuar recurriendo á aquellos medios antes que á éste. No cabe duda que el divorcio libra, actualmente, á miles de personas de sus cadenas, y esto no debe desdeñarse, desde el punto de vista de la libertad individual.

A pesar de todo, el campo del divorcio estaría restringido y su carácter sería excepcional. En efecto: en las clases obreras se desdeña cada vez más el matrimonio; por el contrario, en las clases acomodadas, mejor dicho, en toda clase en que existe la menor partícula de la propiedad, no se recurre al divorcio más que en último extremo, porque los casados, que tienen que asegurar una herencia, dan mayor cohesión al matrimonio y es más difícil destruirlo.

Entre ellos, el matrimonio, no tiene más que un objeto único y supremo, que es la transmisión más cómoda de la fortuna á la especie bien determinada, privilegiada y restringida de hijos legítimos.

El encarnizamiento con que los clericales, *esos políticos de la religión*, han combatido al divorcio, prueba cuanto ha atacado al catolicismo y la desorganización de una manera general á la religión.

Aplaudamos siempre cualquiera conquista que posponga la autoridad eclesiástica al espíritu laico, y considerémosla como un punto de la trayectoria evolucionista y no como un punto definitivo. Para nosotros el divorcio no es un ideal; el ideal es el amor libre. Así mismo lo comprende Naquet, y así lo ha declarado en su volumen y en una *interview* de *El Figaro*, este periódico tan pérfido y tan reaccionario (1).

«No solamente soy partidario del divorcio unilateral, sino de una manera general lo soy de la unión libre. Reconozco, sin embargo, que en el estado actual de la sociedad—sociedad fundada sobre la propiedad individual—, esto no es posible, porque la mujer no puede ni material ni intelectualmente soportar la carga de criar á sus hijos.

Es menester, pues, que el hombre socorra á la mujer. Esto no ocurriría en una sociedad comunista; la madre conservaría á su hijo, le daría su nombre; pero la sociedad lo educaría hasta que estuviera en edad de satisfacer sus necesidades.»

Consideramos el divorcio como una disgregación social que prepara para la unión libre; tengamos en cuenta que en la época en que Naquet elaboró su ley y la impuso á un Parlamento retrógrado, Naquet no era más que un radical, y hay que tener en cuenta que no existe modo de valuar á los hombres y á las épocas en un momento dado más que comparándolos con los momentos anteriores; en una palabra, siguiéndoles en su evolución.

De esta manera llegamos nosotros á odiar y aborrecer cordialmente á esos hombres despreciables ó vencidos que han retrocedido en sus ideas, dándose la mentirosa apariencia de mantenerse al mismo nivel. Estos, en realidad, no hacen más que hacer retroceder á los partidos á que pertenecen, y las masas, á las que habían acostumbrado á seguirles ciegamente y á las que habían engañado con sus promesas.

Al contrario, tenemos que sentir la más viva admiración por un hombre como Naquet, que, siendo radical, miraba frente á frente y sin temor la destrucción de la familia burguesa, de la patria y de la religión, que ha evolucionado hasta el comunismo que en el día de hoy se encuentra en la duda de franquear la última etapa; pero que la franqueará, porque á esta hermosa figura de sabio ó de filósofo no puede encuadrarle otro marco que el de la anarquía.

Nelly D'Arry.

(1) Numero del 15 de Febrero de 1893.

LA REVISTA BLANCA

SE PUBLICA LOS DÍAS 1.º Y 15 DE CADA MES

Preios de suscripción... } Un año..... 5,00 ptas.
Un trimestre..... 1,50 —

Número suelto, **25** céntimos,

CON 25 POR 100 DE DESCUENTO A LOS CORRESPONSALES

ADMINISTRACION

Cristóbal Bordú, núm. 1. MADRID

TIERRA Y LIBERTAD

DIARIO ANTIPOLITICO

Número suelto, **5** céntimos.

Paquete de 25 ejemplares, **0,75** pesetas.

REDACCION

MALASAÑA, NÚM. 33. MADRID